

Surgente

Relatos guaireños



Editorial 

COOPEDUC 
Lda

Surgente

Relatos guaireños

Editorial 

SURGENTE

@ Editorial Y, los autores

EDICIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO

Sebastian Ocampos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Alexandra Pose

COLABORACIÓN

José Biancotti

COORDINACIÓN

Hilda Cena

PATROCINIO

Coopeduc Ltda.

EDITORIAL Y

+595 961 419246

bene.edicion@gmail.com

ASUNCIÓN, PARAGUAY

Surgente. 1ª edición. Villarrica. Editorial Y. 2017.

152 páginas; 12,5 x 19 cm.

ISBN 978-99967-0-502-1

1.Relatos. 2. Literatura paraguaya. 3. Literatura latinoamericana.

Queda hecho el depósito que establece la Ley N° 1328/98

Surgente

RELATOS
GUAIREÑOS

Villarrica, 2017

*Huye de la indiferente
roca, la mansa surgente,
fluye con fuerza inocente,
fluye... fluye eternamente.*

Manuel Ortiz Guerrero
Surgente (1922)

Índice

Introducción	11	Sebastian Ocampos
<i>Amor de adolescencia</i>	15	Pamela Cardozo Domínguez
<i>El libro del súper</i>	19	Fernando Chávez Giménez
<i>Mimesis</i>	23	Fernando Chávez Giménez
<i>La nota final</i>	35	Cecilia Elizaur
<i>Todos son amigos</i>	37	Pamela González Bóveda
<i>Sin causa</i>	41	Angélica González Irala
<i>Vagabundos de la noche</i>	45	Ricardo Portillo
<i>Fiorella</i>	51	Ricardo Portillo
<i>Alberto</i>	55	Ricardo Portillo
<i>Volver a nacer</i>	59	Arianne Ramírez Silvero
<i>La caja heredada</i>	65	Arhiane Rivas Sandoval
<i>La travesía de Josué</i>	71	Arhiane Rivas Sandoval
<i>Las manos vendadas</i>	75	Armando Villalba Delgado
<i>El dios inútil</i>	79	Armando Villalba Delgado
<i>Monopoly</i>	85	Renato Casartelli
<i>Estación Espera</i>	93	Lui Cerfoglio
<i>Las almas en pena del Tëvikuarymi</i>	99	Carmen Gamarra Alarcón
<i>Apofenia</i>	107	Carlos Morel
<i>Lágrimas del cielo</i>	121	Carlos Morel
<i>Minirrelatos</i>	139	Sebastian Ocampos

Escribir para leer

Sebastian Ocampos

En el primer encuentro del Taller Escribiendo el Futuro (TEF), la mañana del sábado 4 de junio de 2016, una treintena de adolescentes (entre trece y dieciocho años) y yo nos presentamos. De todo lo dicho, un detalle es muy llamativo: algunos afirman que les apasiona escribir, pero no tanto leer. ¿Qué? ¿Cómo es posible eso?, pregunto, si todos los autores somos esencialmente lectores obsesivos, de una voracidad literaria tan insaciable que terminamos convertidos en librómanos.

La respuesta se divide en dos partes: por un lado, como individuos, queremos contar nuestras historias para que nos conozcan y comprendan; por otro, como sociedad, en el Paraguay no se fomenta la lectura. En Villarrica, me cuentan, no hay librerías. La única que tuvieron, Shakespeare, cerró por segunda vez porque no podía pagar el alquiler del salón. ¿Y las bibliotecas? Existen tres o cuatro, pero no permiten que se retiren los libros. ¿Por qué? Los roban, se

lamentan, y yo les digo que eso es bueno: es preferible que los libros sean robados a que permanezcan prisioneros en esos claustros en los que casi nadie entra.

Ante tal realidad, durante la primera etapa del TEF aclaramos las dudas gramaticales de los participantes y les entregamos copias impresas de cuentos, relatos y crónicas. Leemos y analizamos a Mark Twain, Rafael Barrett, Horacio Quiroga, Felisberto Hernández, Augusto Roa Bastos, Juan José Arreola, Maybell Lebron y Gabriel García Márquez. También a Elías Canetti, Héctor Yánover, Mempo Giardinelli y Alberto Salcedo Ramos. A estas páginas narrativas, sumamos la lectura de los libros *Espontaneidad* (de mi autoría) y *Eclosión* (cuentos de treinta nuevos autores paraguayos), que incluimos como materiales del taller y que la biblioteca de Coopeduc pone a disposición de los jóvenes para que los presten y lean pausada y plenteramente en sus hogares. A la vez, compartimos ensayos y crónicas de varias revistas digitales, como EtiquetaNegra.com.pe, ElMalpensante.com y por supuesto RevistaY.com, para aumentar las fuentes de lectura.

Durante la segunda etapa, escribimos, ya con una mínima base lectora y con un grupo unido y divertido (el buen humor nos

acompaña los veintidós sábados). Primero cada uno narra un día de su vida. Luego nos entrevistamos unos a otros y redactamos perfiles. Tomamos el cuento *La pelota* de Felisberto Hernández y lo reescribimos adaptándolo a nuestros recuerdos infantiles. Por último, escribimos los relatos que forman parte del presente libro. Dedicamos una buena parte del tiempo del taller (tres horas de cada mañana sabatina, de junio a octubre) para corregir en conjunto muchos de los textos. Es un ejercicio grupal con el que los incipientes autores ven las posibilidades de cada historia y cómo puede mejorarse cada oración para que la pieza literaria final, la que llega a los lectores, sea la mejor posible.

En este proceso, al ver que los adolescentes leen los relatos de sus compañeros con más interés que las obras de los escritores clásicos y contemporáneos, vuelvo a concluir que la mejor manera de fomentar la lectura en el Paraguay es promoviendo la escritura. Es el camino para poner a disposición de los ciudadanos la palabra, imprescindible herramienta para valorar y cultivar el conocimiento. Queremos aprender, por ende necesitamos escribir nuestras propias historias para conocernos mejor, tanto a nosotros mismos como a nuestra sociedad.

En esta antología incluimos catorce relatos breves de los participantes del TEF y cinco de los participantes del taller de escritura para mayores de dieciocho años que realizamos en la misma biblioteca cooperativa los viernes de tarde noche, de julio a octubre. En total, son más de cien horas presenciales compartidas, en las que la literatura es la gran protagonista.

Surgente, relatos guaireños es el resultado de ambas experiencias pedagógicas, de las que tuve la suerte de ser parte gracias al ejemplar interés y la importante inversión de Coopeduc Ltda. Es a la vez un homenaje a Manuel Ortiz Guerrero, pues tenemos la convicción de que estos jóvenes autores son parte de la surgente que huye de la ignorancia paralizante para fluir con la fuerza del conocimiento y la imaginación hacia un futuro mejor, solidario y justo, del Paraguay.

Amor de adolescencia

Julieta es una chica extrovertida, muy alegre. Le gusta salir a divertirse entre amigas. En una de esas salidas, ve a un chico que le parece muy atractivo, pero es muy difícil para ella dar el paso al frente y hablarle normalmente como lo hace con otras personas.

Ella nunca daba importancia a los chicos. Si estaba con uno, lo tomaba como joda. Creía que el noviazgo o el amor de adolescencia era algo pasajero que nos hacía perder el tiempo. Pero en este momento tiene enfrente a un chico que nunca había visto y que le gusta muchísimo.

Se dice a sí misma que todo va a estar bien y trata de acercársele. El chico va al mismo gimnasio que ella. Ahí intercambian palabras, pocas, hasta que un día él le pide el número de celular y ella con mucho gusto se lo anota. Se escriben, cada vez con mayor frecuencia. Ella piensa que esto será algo pasajero, sin darse cuenta de que ya le gusta más de lo normal.

El chico la invita a salir. Se encuentran y

se dicen tantas cosas que en un momento él se acerca para confesarle que le gusta. Ella siente la felicidad en todo el cuerpo, pero se queda muda frente a él e inmediatamente cambia de tema.

Se ven todos los días y comparten tantas cosas que ella ya está acostumbrada a estar con él. Una de sus amigas la ve muy enamorada y no le advierte nada porque nunca la vio tan feliz.

La exnovia del chico, al enterarse de sus nuevas andanzas, lo busca y le dice que lo extraña. Él la quiso mucho y no sabe qué hacer, pues siente algo por Julieta. Decide ignorar a la ex y no hablar de eso con Julieta. La ve como alguien muy especial con quien busca algo más serio.

Nuevamente en el gimnasio, él la invita a cenar. La buscará a las ocho y ella responde que no tendrá problema. En la cena, el chico de repente la mira fijamente a los ojos y ella se siente incómoda. Por qué me estás mirando así, pregunta Julieta. Él, sin poder controlar los nervios, no sabe cómo decir lo que siente por ella. Al final, suspira fuerte y dice:

—Julieta, me gustas mucho, me gusta todo de ti y quiero que seamos algo más.

Ella no puede evitar cambiar de cara y se queda muda, pero al rato se desahoga con él:

—Mira, supiste hacerme sentir bien cuan-

do estaba mal. Sacas lo mejor de mí. Jamás estuve con un chico tanto tiempo. Siempre lo tomé como algo pasajero porque tengo mucho miedo de enamorarme y acostumbrarme a una persona que podría terminar haciéndome mucho daño. Sabía que alguna vez me tenía que pasar. Lo que más odio es que me mientan. Por favor, por más doloroso que sea la verdad, siempre tienes que decírmela porque tarde o temprano me voy a enterar y va a ser peor. Tenemos que ir despacio. Me cuesta mucho confiar en alguien.

El chico la mira, la abraza y le pide que confíe en él, que siempre la va a cuidar.

Pasan unos meses y la ex vuelve a buscarlo. En una salida entre amigas, una los ve conversando en la calle y se lo cuenta a Julieta. Ella espera para verlo de frente y preguntarle qué está pasando. Él se lo confiesa y ella le reclama por qué no se lo había contado antes, que ella lo comprendería. El chico se disculpa y le promete que no volverá a pasar nada de eso.

En pocos días, Julieta encuentra de nuevo a la ex, esta vez con sus amiguitas, y la escucha hablar del chico. Como él le había contado todo, decide ignorarla. Sin embargo, pronto se entera de que él también la escribe.

Presiente algo extraño y le dice que de esa manera no quiere estar con él, que ya no le

hace bien porque al parecer volvió con su ex. El chico acepta que hablan y se escriben, pero que no pasa nada más. Julieta no comprende muy bien qué sucede, y prefiere alejarse.

—Es mejor que no me busques más. Por favor.

Días después, él vuelve a escribirle.

—¿Podemos vernos?

Ella lee y relee la pregunta y, como sabe que lo quiere, no puede responder que no.

El chico la busca en su camioneta. Van a un lugar alejado de la ciudad. Entre llantos, ella le reclama que no le haya contado todo lo sucedido con su ex, que le había pedido que fuera sincero con ella, que a ella le cuesta confiar en los demás... Él no sabe qué responder. Todo lo que Julieta dice es cierto.

—No llores más, no vale la pena.

—Me siento mal conmigo misma.

—¿Por qué? Si yo fui el que falló...

La ve sin poder contener el llanto y la abraza fuerte, y le pide nuevamente que ya no llore. Julieta intenta calmarse.

—Quiero volver a casa.

La lleva. En el camino, casi no hablan. Al llegar, se despiden con un beso y un abrazo. Ella entra en la casa y, mientras recuerda que el amor de adolescencia solo es algo pasajero, va corriendo a su pieza y se echa en la cama para llorar.

El libro del súper

Quienes arruinan la esperanza de otros merecen castigo. Con mis trece años, muy ilusionado voy al supermercado. Es una de esas veces en las que no voy por obligación, es decir, cuando mamá me ocupa. Confieso que me cuesta excesivamente no gastar, pero esta es una ocasión muy especial porque ahorré bastante para ser feliz.

Con la billetera en mano camino por las blancas baldosas para llegar adonde quiero y comprar lo que tanto anhelo, aunque no se siente del todo bien utilizar este método. Hace cinco días, la última vez que vine, observé la grisácea estantería de libros que se sitúa en el fondo de este gran salón de infinitas cosas. Había tantos libros —tantos para mí— que esperaban ser leídos. Ingenualmente, yo pensaba que podría llevármelos a mi pieza. Leí las contratapas, muchas me gustaron, pero el impacto solo ocurrió cuando vi *La cena*. Su portada fascinaría a casi cualquiera y la descripción estaba hecha para mis gustos. «Nadie más que yo

puede llevarlo, ¿oíste, mundo?» Sin embargo, no tenía el dinero necesario. «Pobreza de mierda». Me urgía un plan, pensaba cómo podría adueñarme de ese ejemplar, ¡de ese último ejemplar!

Me dirigí hacia la sección de utensilios domésticos, y de un momento a otro estaba proyectándome como alguien que organizaría un festival observando globos y tarjetas «¡Ya sé, hijaaa de mil! Voy a esconderlo detrás de ese televisor para que nadie más lo vea, y cuando tenga dinero, ¡bom, baby!, iremos juntos a casa.» Con mi súper plan, tomé el libro y fui despacio hasta el televisor. Miré la estructura como si fuera un entendido en el tema: «Voy a hacerlo. No, no voy hacerlo. ¿O sí? No debo, pero quiero. Hay gente detrás... ¿Y qué?»

Obviamente, no les hice leer hasta acá para decirles que terminé acobardándome.

Hoy vuelvo. Es el momento que tanto esperé desde hace cinco días. Tengo esa desesperación de enamorado. ¡Voy a reencontrarme con ese libro! Ignoro las canastillas coloradas, me muevo hacia el patio de comidas, con la mirada rechazo las masas dulces exhibidas por la panadería del local y por fin llego hasta el televisor, es como un déjà vu. Busco y busco, pero no lo encuentro. Es el único televisor aquí. ¡No es posible! No

puedo descontrolarme frente a esta gente. Si bien en el estante sobran otros, yo quiero ese libro, ¡solo ese libro! Lo necesito.

Esperaba realmente que las ilusiones se volvieran realidad. Sin embargo, no sé qué más hacer. Sólo camino resignado hacia los vidrios de la salida. Las cajas están llenas de clientes que gastan felices. Deseo estar entre ellos. Atravieso la enorme abertura de salida. Escucho como si el supermercado se estuviese riendo de mí. Su frío aire acondicionado me envuelve por última vez.

Afuera, el viento infernal provoca las primeras gotillas de sudor. Con paso lento evito a los vendedores de discos que habitualmente se establecen en la entrada. Voy hacia la izquierda, sin querer rozo mis jeans con los preservados arbustos, pues una pareja de longevos viene en dirección contraria y les cedo el paso. Repentinamente, a través del vidrio observo el interior del súper y veo cómo el libro está pasando por las manos de una atractiva cajera, que lo guarda en una bolsa blanca.

Sonrío, pues el comprador es el padre de Nicolás, un amigo, quien después de mucho merece una visita.

Mímesis

El día en que comenzó todo fue muy parecido al de hoy, cálido, ventoso y pacíficamente agradable. Rostro ojeroso de quinceañero, labios secos, piernas largas y nariz tapada. Había despertado enfermo, fue la última vez que estuve en esa situación. Mi madre siempre exageraba cuando me veía enfermo. Sin importar cuánto había crecido, ella siempre era una excelente enfermera hogareña.

—Tienes gripe, Shawn —dijo, asegurándolo.

—Lo sé, mamá.

—¿Estás dispuesto a faltar a la escuela?

—¿Estás dispuesta a dejarme faltar a la escuela?

—¿Ambos estamos dispuestos?

Reímos. La risa de ella era auditivamente agradable, la mía una imitación descontrolada de rebuznos. Mamá tenía la costumbre de hacer varias cosas a la vez, puedo asegurar que le encantaba verse ocupada. A la par que se arreglaba para ir a la oficina, con voz elevada, desde la otra habitación me decía qué debía hacer y qué no debía hacer. Una indi-

cación para cada situación se volvía instructiva. «Las madres siempre tenemos razón». La vida nunca ha desmentido sus frases, o quizás haya sido wicca.

Un débil levantamiento causado por el hambre —la cosa que todo lo puede— me obligó a abandonar las sábanas. Caminé por la sala, donde se sitúa la mayor parte de nuestra colección de fotos familiares, rodeada de deco vintage reciclada y paredes escarlata, hasta llegar a la cocina. Conecté la mixtera y miré atrevidamente el pan, para luego ir por el queso y el jamón.

Después de desayunar, fui a buscar a mamá. No la encontré en ninguna parte de la casa, y no me animaba a salir con ese aspecto de mañanero al patio por la simple razón de no evitar a los atentos vecinos que todavía me ven con asombro. Supuse que fue a trabajar. Fui al baño para predisponerme a otras actividades, la principal: ir a la cama.

Eran las nueve menos doce de la mañana y estaba envuelto entres telas, junto con el celular, para mayor comodidad.

—Shawn, ¿compraste los fuegos artificiales?

—Por supuesto, mamá, están en mi habitación.

—¿Qué esperas para traerlos, entonces?

—Que dijeras eso.

Sonreí y subí las escaleras rápidamente, sin

sujetarme de las barandas. Cerré la puerta y la llaveé, dejando del otro lado el aire de hijo sincero. No compré los fuegos artificiales y ya era tarde para conseguirlos. Estaba entre confesar la verdad o planificar algo que incluyera mentiras. Estábamos por festejar un año nuevo y yo era el único de los cuatro hermanos que acompañaba a mamá. ¡Y fui incapaz de conseguir los fuegos artificiales que se vendían en cada esquina! Inútil, tarado, ¡piensa!, tarado, me dije.

Los *screenshots* iban y venían, mientras me comunicaba entre unas conversaciones duales y otras grupales, en un constante salir y entrar de aplicaciones. «Batería baja»: el lado superior derecho de la pantalla indicaba ocho por ciento, pero yo esperaría hasta el dos por ciento para levantarme y recargarla.

Siete por ciento. Recibí un mensaje de un número desconocido y lo ignoré. Pasaron tres minutos y abrí el chat del sujeto. La pantalla tenía de fondo a *Lana del Rey*, y el mensaje recibido decía:

—Hola.

—Hola —contesté, junto con un emoji de ojos.

—Hola —contestó, junto con un emoji de ojos.

—¿Quién sos? ¿Necesitás algo?

—¿Quién sos? ¿Necesitás algo?

—Okay, lograste hacerme reír —envié un emoji de risa.

—Okay, lograste hacerme reír —envió un emoji de risa.

Cinco por ciento. Decidí dejarlo en visto, pues no me pareció importante. Seguí intercambiando mensajes con otros amigos para curarme y repentinamente llegó la curiosidad: cliqueé el perfil del desconocido para ver su fotografía ampliada. Corrieron cinco segundos y la actualización aún no se completaba. Deslicé la pantalla hacia abajo y observé el número de contacto. ¡Era mi número!

Dos por ciento. Cuando al fin había cargado completamente la imagen, vi que su fotografía era la mía. Una *selfie* que me había tomado en el cumpleaños de un amigo. El celular se apagó.

Miré la pantalla. Me senté en el borde de la cama, desconcertado, un poco asustado. Esos mensajes me habían emparedado en mi propia cabeza. Ya de pie, y en dirección hacia el cargador que estaba depositado en una mesita azul, logré pensar mejor en lo sucedido y concluí que algún informático bromista me había visto la cara. Quedé conforme con la idea de que era una burla más de las que a veces me hacían y la dejé pasar.

Al amanecer, desperté boca abajo, con la almohada sobre la cabeza y los pies descu-

biertos. Lentamente, giré para mirar el techo y con el sueño casi acabado busqué el celular en la cama. Después de desbloquearlo y bostezar magnánimamente, vi cientos de notificaciones de mensajes. De nuevo, un mensaje del desconocido. No tenía la menor idea de quién era, cuáles eran sus objetivos, y lo peor: no sabía hasta qué punto era conveniente hablar o dejar de hacerlo.

—Buen día, Shawn.

—¿Buen día?

—¿Buen día?

—Realmente me interesa saber quién sos, y hablo en serio.

—Realmente me interesa saber quién sos, y hablo en serio.

—Si es una broma, más que graciosa es fastidiosa.

—Si es una broma, más que graciosa es fastidiosa.

—Adiós.

—Adiós, Shawn. Buen día.

El temor se esfumó dejando espacio para la indiferencia. Sentía que ese usuario me volvería a escribir, y no estaba dispuesto a responderle otra vez. Entonces, lo bloqueé.

El despertar del tercer día después del primer mensaje fue ansiosamente interesante. Abrí los ojos con intenciones de chequear el celular. Lo tomé y poco a poco se encendió.

Vibró por la cincuentena de notificaciones recibidas. Cada mensaje elevaba las probabilidades y mi temor de que llegara uno de ese sujeto. Erré cuatro veces el patrón de seguridad, y me alteré. Repetí los pasos mentalmente, como si nunca hubiese usado un celular. Conseguí llegar a la mensajería y nada alrededor explotó. El contacto seguía en la sección de bloqueados.

La cuarta noche después del primer mensaje, me encontraba en el comedor, disfrutando del arroz con milanesas de mamá, junto con mis hermanos. Todos habíamos depositado nuestros celulares en el cestito de mimbre para pasar a la mesa y gozar de la silenciosa compañía familiar.

—¿Escucharon eso? —preguntó Tomás, mostrándome su manera desagradable de masticar milanesas.

—Sí, está vibrando el celular de alguien —dijo mamá.

Eliot se levantó y, después de apartar los demás teléfonos, el escogido para extraer del cestito fue el mío.

—Shawn, te está llamando Shawnnie —dijo mirando la pantalla—. ¿Contesto por vos?

—No, no hace falta, y gracias

Brutamente me levanté de la mesa y tomé el celular de las manos de Eliot. Shawnnie es como había registrado al sujeto desconocido.

La impaciencia me hizo responder esa llamada con un saludo que transmitía enojo. Del otro lado de la línea, la escalofriante afonía de Shawnnie me perturbaba. Deseaba que respondiera, quería escuchar su voz, dar fin a esa extraña relación. A un minuto de contestar la llamada, la corté y regresé a la mesa.

Faltaban cinco minutos para que en la escuela tocasen el timbre y cerrasen los portones. Odiaba encontrarme en esa situación y la frecuencia con la que me ocurría no era precisamente favorable para esa mañana. Vestí los pantalones y la camisa y vi que solo me sobraría un minuto, tiempo insuficiente para alguien que duerme tarde. Era momento de ponerme la corbata. ¿Acaso hoy es miércoles?, me pregunté. ¡Sí, hoy es miércoles! Hoy se entrega ese trabajo de quince puntos. Sin importar la rutina, en esta o en otras vidas, siempre las realizaré desorganizadamente. Tan sólo deseo poder hacer algo al respecto... ¡El espejo! ¡Shawnnie, él me ayudará!

Cuando estaba a punto de dormir, recibí un mensaje. Era él. ¡Cómo era posible! Revisé la sección de bloqueados y el número aún seguía ahí, no tenía sentido.

—Buenas noches, descansa.

—Es innecesario que hagas todo esto y lo sabés. La verdad es que no tengo la mínima idea de la razón por la cual me ponés en esta

situación, pero tené en cuenta que sea lo que sea deseo arreglarlo.

—Buenas noches, descansa.

—¿Okay?

—Buenas noches, descansa.

En ese agosto, él solo deseó mi descanso. A pesar de que las puertas estaban aseguradas, las percibía como si estuvieran abiertas a cualquiera que quisiera entrar. El miedo no me dejó dormir hasta las cuatro de la madrugada.

De mañana, todo mi itinerario normal estuvo controlado. Había despertado sano e iría a la escuela, donde después todos mis sospechosos dijeron que no sabían nada de lo que les contaba.

Al día siguiente, recibí de nuevo los mensajes, y yo no lo dejaba sin respuestas.

Al otro día, los mensajes continuaron, los míos también.

Pasó una semana y las conversaciones siguieron. Siempre el mismo chat de buen día que no iba a ninguna parte. Sin embargo, nunca quedaba inconcluso.

Pasaron dos semanas y los mensajes no fueron diferentes de los anteriores. Se volvió una costumbre. Él lo hacía fácil, pues al usar el mismo guión ya tenía la seguridad de mis respuestas, y que al enviarlas nada malo pasaría. O al menos eso era lo que yo pensaba.

Pasaron tres semanas, y no recibí más mensajes. Un alivio integró mi vida y la satisfacción de haberme librado de ese sujeto me llevó a un extremo estado de júbilo. Un desconocido me había hecho sonreír: abandonó la mensajería sin dejar rastro, se fue con mis mensajes, se alejó sin ser descubierto. Simplemente se fue.

Pasaron cuatro semanas. Recibí nuevos mensajes.

—Buen día, Shawn.

—Buen día.

—El azul de tu remera combina perfectamente con los cuadritos turquesa del pantalón que llevas puesto.

Mi habitación no tenía ventanas. Una desconfianza gigantesca se apoderó de mi cabeza. Me sacudí entre las sábanas, con la mirada hacia todas las direcciones...

—No temas, Shawn.

Me fijé en cada punto de las paredes, busqué algún hueco en el techo, desacomodé objetos. Quería gritar, pero nadie se encontraba en casa ese domingo.

—No temas, Shawn

—No temas, Shawn.

—No temas, Shawn.

¡Basta! ¡Déjame en paz! Bajo la cama, ¡oh no, he estado durmiendo con él todas las noches! Mis expresiones faciales no se diferenciaban,

mi cuerpo no sabía si sentir frío o calor. Me desconocí. Tomé una artesanía de arcilla dura del escritorio y con los pies descalzos me acerqué ágilmente a la cama. No había nada más que una variedad de zapatos en desuso.

—No temas, Shawn.

—La maldita oración no sirve. ¿Por qué haces esto?

—No temas, Shawn.

Huí al sanitario. El baño será mi refugio. La tina no se ve mal para dormir y hay suficiente pasta para una semana, ¡Oh, Shawn, esto es serio! Observé mis piernas temblar, escuché mi acelerada inspiración, estaba decepcionado de mí mismo. Me consideraba más fuerte. De un momento a otro me mordí la lengua. Si lograba ganar, los próximos temores serían minúsculos.

Giré el picaporte y expuse primeramente la mirada... Entré en la zona de mi habitación. A causa de la desesperación, esperaba algo anormal en mi cuarto, pero noté que estaba inmóvil como la última vez que estuve allí. Recogí el celular para quitarme el peso de encima. Estaba decidido a afrontar lo inexplorado.

No tenía los pensamientos claros cuando lo hice. Yo sólo quería terminar con esa situación, pero como en otras ocasiones la ira no fue una amiga. Al querer enviar un mensaje de

voz —ya tenía las palabras—, leí que Shawnnie estaba «grabando audio». Apresuradamente, grabé mi cólera... La simultaneidad acabó cuando recibí su mensaje antes de que él recibiera el mío. Creí sensato cancelar el envío. Aún no tenía un plan asegurado, sólo improvisé el guión que el anónimo había escrito. Reproduje el audio. ¡La voz era igual a la mía!

—Shawn, no temas. Repito, no temas. Lamento tener que hacerlo de este modo, no temas. Ve al baño. No temas.

Seguí las indicaciones. Envuelto en emociones contradictorias, con paciencia me quedé frente al espejo. Ese día todo cambió, ese día tan parecido al de hoy mi reflejo descubrió su rebelión. Cansado de imitarme, harto de mi imagen decidió cambiar de rutina.

Pensé que me había transformado muy joven en el loco del siglo. Sin embargo, eran más que alucinaciones, era la engañosa realidad. Corrí a la habitación para protegerme de algo que se encontraba en el aire. Rebasé los límites de mi tolerancia, lloré por la incapacidad de controlar las circunstancias. Caminé afligido en ese lugar que no parecía ser mi hogar. La superstición flotaba alrededor de mi silueta. Los espejos de la casa tampoco estuvieron de lado de mi cordura.

Luego de un tiempo fueron innecesarios los chats. Había logrado comprender esos

singulares eventos. Pero no era algo que me pesase pues he vivido como nadie gracias a Shawnie. Tantas anécdotas tengo para contar, demasiados secretos que merecen ser revelados. Todos los anhelos que tuve pudieron ser cumplidos por él, como cuando necesité fuegos artificiales en año nuevo o las veces que no debía llegar tarde al colegio.

No es algo que requiera explicación, no es algo que existe y exija valor, es abstractamente algo que solo desea ser. No pidió ser alguien hasta ahora, y es hoy que comprendo que para lograr una buena mentira es imprescindible crear una verdad.

Estoy sentado junto con Shawnie, frente a frente, con las miradas clavadas como las veces anteriores, con los sentimientos igualitarios. Él con su viveza de siempre, yo con mi eterna mortalidad, tan parecidos pero nunca idénticos. ¿Acaso hubiera logrado esta vida sin su intervención? ¿Me lo merezco? Cuestiones que jamás podrán ser resueltas por el misterio del pasado.

Un día como hoy todo comenzó, un día como hoy todo debe terminar. Lo bueno es que alguien ganará, lo malo es que no seré yo.

La nota final

Mientras duermo la siesta, recibo una llamada de Anahí. Tenemos que ir a ver los puntos acumulados en el semestre. Faltan unos días para los exámenes finales. Llegamos a la facultad y nos dirigimos directo a la secretaría. Entramos y saludamos a Emilio, el secretario. Él nos atiende amablemente, y nosotras le pedimos que nos diga cuántos puntos tenemos.

A Anahí todo le va de maravillas. Y a mí, no del todo... En una materia solo obtuve la mitad de los puntos. No tengo idea de si debo reír o llorar.

—¿Por qué pio tengo ese puntaje? —pregunto, conteniéndome la molestia.

El secretario, luego de verificar los puntos, dice que sí, efectivamente, en el último examen parcial mi puntaje fue de nada más que cinco de veinte. Sé que estoy en problemas, prácticamente tengo que hacer más de cuarenta puntos en el examen final, ¡de la materia más complicada hasta el momento!

Llego a casa y voy directo a la cama para no pensar en eso.

A la mañana siguiente, miro todo lo que debo leer. ¡Son más de doscientas hojas! Y solo tengo dos semanas para leerlas.

Pasan los días y siento en todo el cuerpo cómo la ansiedad aumenta. Hago todo lo que puedo para estudiar, aunque hay muchas distracciones. Dejo de lado el celular.

Llega el día del temido examen final y no tengo más opción que seguir estudiando hasta la hora decisiva. Voy la facultad y entro en la clase. En cuanto el profesor nos ordena dónde sentarnos, comenzamos a rendir.

Termino el examen y sé que rendí bien, pero no estoy muy segura de haber logrado los puntos necesarios. ¡Si no logro esos malditos puntos, voy a recurrar la materia!

Regreso a casa y hago la merienda. No quiero pensar en la nota, pero no puedo evitarlo.

Voy al gimnasio y me encuentro con Ivana y Anahí. Hacemos la rutina, estiramiento, caminadora... hasta que Ivana recibe una llamada de su papá, el director de la facultad a la que vamos. Anahí y yo seguimos con los ejercicios.

Al rato, Ivana nos hace gestos y se acerca para decirnos que su papá le dijo nuestras notas. ¡Todas pasamos! ¡Y yo saqué tres! No lo puedo creer. Saltamos y gritamos como locas, en medio de la gente que nos mira y se ríe. Y no me importa. En este momento, solo pienso que el tres es el mejor cinco de mi vida.

Todos son amigos

Y claro que todos son amigos cuando necesitan algo. «*Nde*, ¿vos pio vas a poder sacar el auto para salir hoy?», es lo que más escuchaba de la gente a mi alrededor. Ayer, por ejemplo, iba conduciendo por uno de los bulevares, cuando sonó mi teléfono y vi un mensaje de una compañera de facultad: «Donde andasssss amiga? Podes pasar por mi? No quiero caminar y estoy en la facu ☺ por faaaaaa». Siempre hacía lo mismo. ¿Acaso yo era su chofer? Decidí ignorarla.

Pero luego se me pasa el enojo y me pregunto qué debo hacer. No quiero estar sola, sin amigas, sin amigos. ¿De verdad ellos son amigos? ¿Los que solo llaman para obtener algo, los que ni siquiera preguntan cómo estás o si tenés problemas? ¿Los que nunca quieren pasar nada más el rato mientras te plagueás porque el país está como está?

Me detengo en una cafetería, frente a la Plaza de los Héroes. Quiero tomar un buen café. El día está frío. El otoño nos deja para dar paso al crudo invierno que cada año es

peor. Pido un mokachino, el preferido de mi profe de literatura. Cuando quiero pagar, no tienen para mi vuelto y yo no tengo sencillo. En eso, un joven que se me hace extrañamente familiar se acerca para pagar la cuenta.

—Hola, Pame.

—¡Hola! Gracias por el café. ¿Te conozco de algún lugar?

—Soy Daniel. Fuimos compañeros en el taller de escritura, ¿te acordás?

Lo escucho y no recuerdo nada. Terrible memoria la mía.

—En la cooperativa —agrega.

—Ahhh... Perdón, con tantas cosas en mente no me acordaba de vos, jaja. Te debo el café.

—No es problema. Fue un gusto. Tenemos que vernos más seguido.

—Sí...

—¿Me das tu número?

—Claro que sí. Es el cero nueve uno uno... Gracias por el gesto, en serio.

—Nos vemos pronto.

Se despide sin más y se va por donde vino.

De vuelta a casa, retomo lo que me tiene pensando desde hace un buen tiempo. Llego a la conclusión de que no puedo andar nomás con gente sanguijuela solo por

temor a quedarme sola. Así que a partir de hoy decido alejarme de todo lo que no traiga algo productivo a mi vida.

Unas semanas después, una tarde más fría de lo habitual, más fría que el hielo de mi congelador, tocan a la puerta de casa. Estoy sola. No sé quién es. Últimamente no recibo visitas.

—*Delivery!*

¿*Delivery*? Yo no pedí nada.

—¿Quién es?

—Soy Daniel

—¿Daniel?

—¡Sí!, vengo con el pronóstico de una tarde de pizzas y películas.

Abro la puerta.

—¿Qué hacés acá! Jajaja... ¿Cómo sabés dónde vivo?

—Tengo mis contactos. ¿Puedo pasar?

Lo dejo entrar, sin saber que ese es el primer paso de la gran amistad que terminaremos compartiendo durante muchísimo tiempo.

Culminamos el colegio y cada uno debe seguir un camino propio. Él dice que quiere quedarse en Villarrica. No lo entiendo pero lo respeto. Yo quiero salir, viajar, y él me apoya y ayuda a conseguir una beca. Voy al extranjero para estudiar una carrera de artes escénicas. A pesar de la distancia y el

tiempo, las cosas con Daniel no cambian. Seguimos formando parte de la vida del otro.

Con él aprendí el verdadero significado de amistad. Con él entendí que todos merecemos un amigo que esté en los malos y los buenos momentos, haciéndote saber que aunque todo esté como la mierda, incluso peor, él siempre estará contigo. Y lo que mejor aprendí con Dani es que todos son amigos porque todos necesitan algo, aunque no todos tienen las fuerzas para serlo.

Sin causa

Todo siempre era normal, cada jornada lo mismo: mañanas cargadas, tardes aburridas, noches sin fin, pero al despertar ese jueves de invierno tan oscuro tenía un presentimiento absurdo de que todo sería diferente.

De un salto me levanté con todas las ganas y fui directamente al baño. No sabía por qué esa mañana tan fría se me hacía tan agradable. No tenía ganas de desayunar algo común. Decidí prepararme un desayuno especial para sentir aún más el entusiasmo loco que tenía en ese momento.

No podía con las ganas de descifrar cuál era el motivo por el que me sentía tan exaltada. Esa sensación me envolvía cada vez más. Tomé un abrigo y salí inmediatamente a la calle, con la expectativa de que definitivamente algo tendría que suceder.

Caminé hasta que de repente tuve la necesidad de ver unos libros que desde hacía tiempo tenía en mente tenerlos entre manos. No lo dudé más: ese día no podía dejar de cumplir al menos uno de mis caprichos.

Entré en la Casa de la Cultura y tomé los libros que necesitaba.

Quizá por coincidencia, encontré una hoja vieja entre las hojas del ajado material. Me costó entender lo que decía. ¿De quién ha de haber sido el libro? ¿Esa hoja era sólo de apuntes? ¿Tendría algo de valor? Y la mayor incógnita que tenía en la cabeza era: ¿eso me tenía tan acelerada, de eso se trataba el presentimiento que tuve desde que amaneció?

Con muchas ganas, fui a preguntar a la encargada del lugar si sabía algo de lo que tenía entre manos, o si al menos podía entender lo que estaba escrito en él. La señora respondió que no, pues ese papel formaba parte de algunos archivos encontrados años atrás, con documentos inentendibles.

No contenta con esa respuesta, decidí averiguar el significado de todo eso. Fui a la Municipalidad, a pocos metros. Como mi padre tenía amigos ahí, pude ingresar rápidamente. Sólo necesitaba saber qué comunicaba ese papel. Tenía la impresión de que sería importante, solo porque no se lograba entender lo que decía. Mis expectativas se derrumbaron al darme cuenta de que nadie podía entenderlo.

Decidí regresar a la Casa de la Cultura, en busca de más información en el mate-

rial que lo contenía. ¿Y qué pasó? Pues nada. Nadie podía ayudarme.

Llegué a la conclusión de que ese pequeño papel tenía escrita una dedicatoria muy ambigua, nunca antes vista. Me quedé con tantas ganas. No era lo que esperaba, pero me había provocado un día cargado de energía y de emociones. Y después de dar tantas vueltas para llegar a nada, me eché a reír. Eso era lo que necesitaba, lo que me había levantado tan entusiasmada.

Vagabundos de la noche

Un imperante blanco se nos antepuso, obligándonos a esquinarnos. Dos hombres de uniforme bajaron. ¡Cédula de identidad...! ¡Cédula de identidad...! Sin respuestas, insistieron: ¡CÉDULA DE IDENTIDAD, DIJE, CARAJO! No tenemos. ¡Registro de conducir, cédula verde, documento de la moto! No tenemos. Señor, aquí a una cuadra... ¡No! Los tres *pehotá orendive Gobernaciónpe*, dijo uno de ellos señalándonos a nosotros y a la lejanía, como intentando conectar esas ubicaciones geográficas existentes en su cabeza. Pero amigo... NO, CARAJO, LA PUTA, ¿NO ENTENDÉS? El intercambio de argumentos siguió unos minutos. Su paciencia se acababa, mi amigo díscolo lo enojaba. ¡Kóre!, no entienden ko, voy a tener que esposarlos, por oponer resistencia. No teníamos más alternativa que someternos a su juego. Nuestras caras, azoradas. Nuestras bocas, silenciosas. Nuestras mentes, ruidosas. ¿En qué carajos nos habíamos metido?

Fue un viernes de luna cuarto menguante como cualquiera. Como en cualquier casa, una reunión de amigos, una especie de juerga flamenca, un particular motivo, entre los motivos que pueden tener una juerga, típicos de gente carnal de vida sociable. Yo, bastante exento de esa vida, me dispuse a participar. En la entrada me encontré con dos amigos, Alejandro y Daniel, quienes vivían a pocas cuadras. Los saludé e ingresamos. Enfrente estaba la casa de una familia de clase media alta, acomodada, bien mantenida, entre otras peculiaridades, en la que vivía mi amigo Tiaro, paraguayo, aunque en sus venas corría sangre alemana, pues sus antepasados migraron al Paraguay durante la segunda guerra mundial. Pasamos al fondo, donde estaba la cuartilla, en una mesa Celso, muchacho de mucha cultura general, con conocimientos sobre ocultismo y lo políticamente incorrecto. Su cara parecía astillada de granitos, con forma similar a la de un elefante. Juntamos el dinero para adquirir el sustento de la noche: cada uno debía aportar una cantidad finiquitada. Lo contamos con diligencia, juntos superábamos los cien mil guaraníes (suma que nunca habíamos alcanzado). En parejas, salimos de compra. Dos motos con tanque lleno, dos pilotos de precisión. De Rubén, con ante-

ojos, me atrevería a afirmar que era la persona más normal de la secta, con una particular dicción con acento argentino. El otro, Fabio el galán, asistía los domingos a sesiones de belleza para mantener bien cuidada su cara. Compramos toda clase de bebidas e ingredientes para preparar caipiriña. Luego pasamos a Todo a Mil, literalmente, donde compramos frituras por un valor de sesenta mil guaraníes.

La noche pasó en un pestañeo. El brebaje se arruinó por exceso de alcohol. A la medianoche, fuimos a la casa de un maestro que estaba de cumpleaños. Ahí tomamos asiento y hablamos de variados temas filosóficos mientras sonaba de fondo *Macintosh Plus*.

Noche incipiente aún para nosotros, decidimos salir a dar un paseo en las motos. Nada podía salir mal. Saldríamos una hora y volveríamos las tres de la madrugada, ¡perfecto! Estábamos tres personas para cada moto. Esas motos nos darían el momentáneo escape de la realidad, de la fútil vida que teníamos. Nos adentramos en el viaje, deslizándonos con celeridad por el piso negro. La borrachera estimulaba nuestro viaje por las vacías calles de Villarrica. Éramos solo nosotros. No nos importaba nada, nadie. Cortábamos el viento con nuestros rostros.

Camellos viajando a la luz de la oscuridad.

El motor de una de las motos se había sobrecalentado. Desistimos de la fuga, una última parada antes de regresar a la casa de Tiaro. Paramos en un costado del Club Estero Bellaco. Pasaron los minutos. De repente, un policía bajó de un auto estacionado detrás de nosotros. La incertidumbre fue unánime. Nos dijo que estábamos haciendo mucho ruido enfrente de la casa de una persona importante o algo así, de algún rico que seguramente estaba usando a ese policía como guardia privado, habitual entre esa gente. Nos dejó y regresó al auto. Nuestra idea era rajar, pero no sé cómo Celso nos convenció de que no pasaría nada y nos quedamos otro rato.

Luego decidimos emprender nuevamente la marcha, siguiendo a un auto lleno de estudiantes que estaban de fiesta por terminar el tercer curso. En la primera moto íbamos Celso, Tiaro y yo. En segunda, con más lentitud, Alejandro, Rubén y Fabio, persiguiéndonos. En la Plaza de los Héroe, volteé para ver a los otros... que fueron detenidos por la policía. Grité: ¡PICA! ¡PICA! ¡LES AGARRÓ LA POLICÍA! Celso exclamó: ¡QUÉ! y Tiaro lo acompañó al unísono. Jaló con todo lo que daba el acelerador y emprendimos la fuga. Nuestros corazones

palpitaban fuertemente. No se me pasaban ideas claras por la cabeza. Aún no comprendía la gravedad del asunto. Desesperados, dependíamos de la potencia de la moto y del conductor.

Subimos a la patrullera Tiaro y yo. Celso fue manejando con un policía de pasajero hasta la comisaría. Fue mi primera vez en una patrullera. Al llegar, encontramos a los amigos que fueron arrestados antes de nuestro intento de huida. Nos miramos cómplices. El oficial de guardia anotó uno a uno nuestros datos. Languidecimos ante el hecho de que llamarían a nuestros padres. Celso fue nuestra voz: se opuso a todo lo que dijo el oficial, cuyo único argumento era nuestra ilegalidad como menores de edad. El proceso carecía de seriedad. Tras mucho enredo nos dejó ir, seguramente porque no obtuvo lo que quería. Rubén se molestó mucho, demasiado, porque no le permitieron retirar su motocicleta, lo que nos obligó a quedarnos más tiempo.

Al final, nos despedimos de las motos y regresamos callados y temerosos. Y ahí estábamos de nuevo, vagabundos de la noche.

Fiorella

Siempre fue admirada por su inteligencia, más por su belleza. Fiorella, joven de veinticuatro años, oriunda de Félix Pérez Cardozo, residente de Villarrica, ciudad donde pasó casi toda su vida por motivos académicos. Como universitaria, también debía trabajar. Por la escasez de recursos económicos con la que contaban, sus padres le habían dicho que no apuntara a mucho.

Fiorella terminó los estudios como mejor egresada en las carreras universitarias que cursó: Contabilidad y Administración. También estudió inglés. Durante todo ese tiempo se preparó para conseguir un buen trabajo.

Una mañana despertó temprano y vistió su mejor ropa para salir a la selva de asfalto, a ganarse la supervivencia, comenzando por lo más bajo en la cadena alimenticia. Fue a pie. Con una carpeta amarilla en manos, con el sol fuerte arriba y el sudor en la piel. Luego de un largo peregrinar y con los tobillos adoloridos, por la inexperiencia de los tacos, llegó a destino: la Municipalidad de Villarrica, donde te-

nía una entrevista de trabajo con el intendente.

Confiada por su habilidad y capacidad, empezaron la entrevista. Preguntas frecuentes, cuáles eran sus conocimientos, por qué debería contratarla. Ella respondía rápido y claro. Hasta que luego de tantas vueltas, llegó lo que en verdad importaba:

—Bueno, Fiorella, como no estás afiliada al partido colorado, no va a poder ser admisible tu contratación.

Ella quedó atónita y exacerbada.

—Pero... —continuó el intendente viejo— puedo hacerte una excepción. Me podés hacer un trabajito aquí, ahora, y te doy el trabajo.

Fiorella seguía sin hablar.

—Mamita, esa ropa que llevás te hace ver muy sexy. ¿Qué tal si me mostrás un poco que lo que tenés? Dale na, y el trabajo va a ser todo tuyo.

Indignada, se puso de pie y lanzó su mano derecha abierta hacia el rostro del viejo, que no tuvo tiempo de protegerse.

—¿PENSASTE QUE ME VENDERÍA ASÍ POR UN TRABAJO DE MIERDA? ¡En este país nadie valora el conocimiento, ni las ganas de superarse! ¡Machista, corrupto!

Sin darle tiempo de reaccionar, recogió la carpeta amarilla y salió corriendo.

De regreso a la casa, fue a la cama y lloró hasta quedarse dormida.

Al despertar, un poco más tranquila, aunque igual de indignada, decidió publicar en sus redes sociales lo que había sucedido. En poco tiempo, recibió muchos comentarios de apoyo, tanto de personas condolidas como de quienes habían sufrido situaciones similares. Los leyó uno a uno y se preguntó: ¿Hasta cuándo estaremos así, Paraguay? Chorreante de corrupción, lavado de dinero, desvío de los fondos públicos, de tantas aberraciones... Masas idiotizadas por medios masivos de comunicación, en manos de corporaciones que se adueñan de la libertad de expresión, de la verdad. Control de masas, pensó, y recordó una pregunta que se había hecho de niña: ¿Cuál es el arma más poderosa? De pronto lo sabía: la lectura, la cultura. Ya no le extrañaba que la gente con poder prefiriera al resto con armas, en vez de libros.

De noche, al enterarse de lo sucedido, su amiga Arandu la llamó y le propuso que fueran a cenar en el Patio Gua'i, donde escucharían buena música y beberían tragos. Fueron y charlaron largo rato sobre la entrevista sufrida y otras situaciones similares que pasan todos los días las mujeres. A la medianoche, decidieron regresar cada una a su casa y se despidieron para verse al día siguiente.

A unas cuadras, se percató de un vehículo negro que ya había visto esa noche, dos o tres

veces. La seguía directamente, a la misma velocidad de ella. Sin dudar, asustada como nunca, empezó a correr... Dos siluetas apenas distinguibles la persiguieron. En la esquina del apartamento, la agarraron. Ella intentó gritar, pero la acallaron con una toalla mojada con algún sedante. El vehículo estacionó frente a ellos y la maniataron y la metieron en la valijera.

A decenas de kilómetros de la ciudad, en un lugar sin nadie a la vista, la violaron entre tres y la abandonaron.

Fiorella regresó como pudo al amanecer. Quiso ir al hospital, pero fue directo a su casa. Llamó a Arandu para que la ayudara. Tomó un largo baño, mientras la esperaba. La amiga llegó y le preguntó qué pasó. Hablaron sobre lo sucedido y Arandu la abrazó.

—¿Querés ir al hospital?

—No sé...

—¿A la comisaría?

—No sé...

La amiga insistió, pero luego de tanta indignación (¡Cómo vamos a dejar que se salgan con suya así nomás!) vio que Fiorella en realidad solo quería quedarse en la cama. Y más tarde la vio con el celular, leyendo lo que había publicado sobre la entrevista con el intendente. Y antes de que pudiera retirárselo de la mano, Fiorella eliminó esa publicación, y dejó que Arandu se quedara con el celular.

Alberto

No pudo soportar tanto dolor. Cuatro paredes lo sofocaban. La humedad era omnipresente, intolerable. Unas fracciones de luz entraban por las rejillas semiabiertas. Él languideció y se mantuvo sentado sobre una silla de madera, con una cuerda gruesa al lado.

Alberto, hombre de treinta y cinco años, vivía en Villarrica, una pequeña ciudad del Paraguay. Tenía una casa, una hermosa esposa, tres hijos: dos niñas de 15 y 10 años, un niño de 8 años. Todas las mañanas despertaba con la alarma que le indicaba otro día para someterse a la realidad. El recorrido de todos los días era monótono: de las sábanas a la ducha, al vestidor, a la cocina, a llevar a los hijos a la escuela, que se preparaban a la par que él con ayuda de la madre.

Por último, iba al trabajo, al Banco Nacional de Fomento, donde debía ejercer su función pública de siete a doce y de una a seis, pero él solo miraba cómo de lento giraban las manecillas del indicador de tiempo.

Un fin de semana viajó con la familia a la ciudad de Oviedo. Fueron a almorzar y al shopping. Mientras todos comían, Alberto recibió una llamada de su jefe:

—Señor Alberto, lo necesitamos ahora mismo en el Banco. Hubo unos inconvenientes.

—¿Qué? Justo ahora estoy con mi familia en Oviedo.

—No me importa. Venga o será despedido —dijo y cortó.

Terminaron de comer y Alberto se dispuso a regresar con la familia desilusionada a Villarrica. En el auto, pisó el acelerador a fondo. En sentido contrario, un vehículo se adelantó imprudentemente a otro. Alberto, al darse cuenta, ya no pudo frenar ni doblar... El tremendo impacto hizo que la madre y los hijos salieran expulsados del auto. Solo el conductor quedó en su asiento, gracias al cinturón de seguridad.

Despertó semanas después, vestido de blanco y con múltiples aparatos rodeándolo. Cuando preguntó por su familia, le informaron que los cuatro habían fallecido. Impotente ante esa noticia y su condición física, se echó a llorar.

Al salir de hospital, ya lo habían despedido del trabajo. Protestó y no obtuvo ninguna respuesta positiva. No tenía rumbo ni

razón de ser. No tenía a nadie. Y fue a parar a una casa abandonada, lejos de la ciudad.

Entre cuatro paredes, pasó los días de llanto en lamento. ¿Vale la pena vivir así?, se preguntó. La vida era todo lo que tenía, todo lo que compensaba su insignificante existencia. No, respondió.

Se paró sobre la silla, temblando. Ató el nudo entre los pilares transversales. La penumbra le dificultó la tarea. Miró por última vez una fotografía de su familia. Subió a lo más alto de la silla... y suspiró.

Volver a nacer

Como siempre, voy en bici de un lugar a otro por las calles de la tranquila Villarrica. En general, durante la siesta hasta la media tarde, la uso como medio de transporte por dos motivos: papá y mamá trabajan a esas horas y luego de mis actividades oficiales practico unos trucos en ella.

Al terminar el día, llego exhausta a casa, con la remera completamente mojada, como si me hubiera derramado un balde de agua encima. Inmediatamente tomo un baño y me relajo. Luego ceno y voy a la cama. Un momento después de quedarme dormida, mamá me despierta de un golpe. Dice que salga a mirar lo que está ocurriendo. Salgo por la puerta principal y veo el cielo cubierto de nubes agitadas, al ritmo del viento tan brutal que echa todo a su paso. Mamá sabe lo que esto significa. Tomó el teléfono y marcó los números de memoria.

No tarda en llegar una mujer a casa. De estatura muy elevada, piel arrugada y cabello plateado, la vieja dama me provoca

misterio y miedo. No tengo idea de lo que mamá tiene en la cabeza. Luego de un momento de charla poco audible con esa mujer, se pone a llorar. La veo y me preocupo, pero no sé cómo preguntar qué está pasando. Solo espero que acabe la conversación de la que no formo parte.

Mamá se acerca a mí y con las lágrimas que aún corren por sus mejillas me dice:

—Es lo que me temía.

—¿De qué estás hablando?

—El fin de la vida, el fin de todo ser vivo en la Vía Láctea. La destrucción del sistema solar.

—¿Por qué estás tan segura? Y si es así, ¿qué vamos a hacer?

—Esta mujer es la dueña del único portal al paraíso. Ella puede salvarte.

—¿Solo a mí? ¿No te va a salvar a vos también?

—El portal requiere mucha energía. Solo tiene fuerza suficiente para transportar a una persona. Luego se desintegra. Cuando haya suficiente poder acumulado para abrir otro, ya va a ser demasiado tarde.

—No puedo dejarte —digo con lágrimas en los ojos.

—Ya no hay tiempo. Si te salvas, el esfuerzo valdrá la pena.

Miro a mamá y no puedo hablar. Me

encuentro envuelta en un lago de lágrimas que caen desconsideradamente, deshidratándome.

La mujer abre un agujero negro. Sin dejar de llorar, abrazo por última vez a mamá y atravieso el portal. Al poco rato de caminar en lo que parece ser el espacio (o la nada), encuentro a unas personas que jamás he visto, con los rostros sin expresión.

—¿A esto llaman el paraíso? —grito.

Una mujer de ojeras profundas y cabello oscuro responde:

—No estás en el paraíso. Estás en la línea entre el bien y el mal. Debes hacer algo para merecer ir al paraíso.

Siento una ira incontenible hacia la mujer de cabellos plateados que me metió en esto. No entiendo qué sucede en ese espacio. Tengo muchas dudas. Sigo a la mujer:

—¿Qué debo hacer para merecer el paraíso?

Ella solo responde:

—Debes ganar.

—¿Ganar? ¿Ganar qué? —pregunto y no recibo respuesta.

Veo a muchas personas cabizbajas. Un hombre muy alto, delante de ellos, dice:

— Que empiece el juego.

De golpe, siento una mano apretándome la boca. Nunca tuve tanto miedo en la vida. No puedo librarme de la persona que

se encuentra detrás de mí. Me lleva a un lugar oculto y me suelta. En el momento que lo veo, mi corazón vuelve a estabilizarse. Es mi novio, mi ex, mejor dicho, porque falleció un año atrás en un trágico accidente automovilístico. Pero en este instante lo veo sin asustarme, como si no estuviera muerto. De hecho, me agrada ver una cara conocida.

Él me explica en qué consiste el juego. Dice que el ganador de la carrera mortal va al paraíso, pero que solo una persona al año puede ir. La carrera consiste en pasar por obstáculos mortales, con cierras, cadenas de hierro, cuchillos, entre otras cosas. El ganador es la persona que queda libre de todas las trampas.

Veo desde donde estoy oculta a las personas contra las que voy a competir. No tengo oportunidad contra cuerpos atléticos y de gran altura. Deben pasar algunos años para que pueda acceder al paraíso.

Voy junto al hombre que encabeza la caminata al sitio, un hombre del que no puedo afirmar si es humano o no. Le explico mi situación y la razón por la que me hallo en ese lugar. En cuanto menciono a la mujer del portal, lanza una carcajada...

—Te han visto la cara de tonta, niña. Aún no ha llegado el fin del planeta Tierra. Si fuese así, este lugar estaría repleto ahora.

—¿Entonces qué hago acá?

—La mujer se mantiene viva con las muertas. Ahora también estás muerta.

No puedo creer lo que escucho. Vuelvo a llorar. El hombre se burla de mí y yo le pido que libere a todas las personas para que puedan ir al paraíso. Él propone que todos vivan en un espacio menor al paraíso, pero más bello que la Tierra. Todos aceptan y seguimos en ese mismo lugar.

Pasa el tiempo y paso los días bastante bien. Estoy adaptada. Hago cosas que siempre quise hacer y que nunca tuve tiempo de hacerlas. Ahora el tiempo simplemente no importa. Después de todo, estoy en este lugar para toda la eternidad.

Todo va bien hasta que un día, mientras veo el atardecer sentada en la cima de una colina, viene una mujer montada en un caballo y vestida con una armadura. Me muestra fotos de cómo sigue la vida en la Tierra. Veo a mis compañeros graduándose, a mamá casándose de nuevo, a mis amigos cumpliendo sus metas y sueños.

La vida continúa, la Tierra continúa girando a pesar de que ya no soy parte de ella. El sol sigue alumbrando y calentando, las personas siguen respirando, los corazones siguen latiendo. Todo en mi ausencia. Nunca levanté un diploma con mis manos.

Nunca cumplí mis metas y sueños como todos los demás. Me fui demasiado temprano de ese lugar. Pienso en todo eso y lloro.

Entonces escucho la voz de mamá. Dice que voy a llegar tarde al colegio. Abro los ojos. Estoy en mi habitación. Solo han pasado nueve horas desde que no habito la Tierra. ¿La vida me dio una segunda oportunidad? Quiero creer que no fue una simple pesadilla, que he vuelto a la tranquila ciudad de Villarrica, para vivir y respirar y cumplir mis sueños.

La caja heredada

De mi abuela Andreina solo queda una caja de madera. Ella dejó muy pronto a su familia para contraer matrimonio con el que se podría decir que fue el amor de su vida, Ismael. Y casi al instante quedó embarazada de su única hija, Esther, mi madre.

En esos años, el país afrontó una dictadura terrible que mi abuelo detestó abiertamente, tanto que un día lo desaparecieron sin dejar ningún rastro. Andreina lo buscó cuanto pudo, pero terminó sola, con una criatura en sus entrañas.

Ella lo pasó mal en el trabajo, fue maltratada por los patrones. Aguantó todo. No tenía otra opción. Si amanecía con suerte, almorzaba algún caldo de verdura. Si no, debía conformarse con lo que había. Eso afectó a la bebé: nació con el peso menor de lo normal y con problemas de respiración. Lograron curarla con muchos cuidados y con tiempo.

Abuela apenas sabía leer, pero trabajó de lunes a lunes para que su hija pudiera estudiar.

Si bien la difícil situación económica nunca fue buena del todo, Esther creció bien, sana, con las cosas básicas para vivir.

Mamá comenzó a trabajar desde muy temprana edad. A los siete, de niñera en la casa de una familia adinerada, cerca de la gobernación. A los diez, llevaba comida a los trabajadores del banco. A los quince, como empleada en un negocio de la ciudad.

A los diecinueve años, al salir del trabajo, de regreso a casa, ocurrió algo. El camino estaba oscuro. Acababa de llover. Las pequeñas gotas caían lentamente de las hojas. De vez en cuando oía uno que otro ladrido. Aparte de eso, todo estaba en silencio. Pero de repente, escuchó unas pisadas. No quiso voltear y siguió caminando, ya con más rapidez. Escuchó los pasos cada vez más cercanos, hasta que alguien la agarró por detrás.

La historia termina ahí. Desde pequeña, la historia de cómo fui concebida termina ahí. Debieron pasar unos años para que dedujera qué ocurrió después. De vez en cuando me la vuelve a contar, cada vez con más tranquilidad. Dice que no lo odia, que ya lo perdonó, porque gracias a ese maldito —sí, para mí es un completo maldito— tiene a su mayor tesoro.

Mamá se vio obligada a dejar los estudios

para trabajar a tiempo completo. Pasamos muchas necesidades. Según abuela, era nomás lo que nos tocaba vivir. Nunca se quejaron. Y yo pensaba que podíamos mejorar la situación, que la postura de las dos era conformista, pero nunca les dije nada porque era muy pequeña para hacer algo.

A pesar de las desgracias, mi pequeña familia pudo mantenerse firme. Nunca me avergoncé de ese pasado, pues me hizo entender que no necesitábamos a un hombre para seguir adelante. Pero si pudiera cambiar las cosas, desearía contar con mi abuelo entre nosotras. Gracias a las historias que abuela me contaba sobre él, siento que lo conocí.

Ahora tengo diecisiete años y sigo viviendo en el pequeño hogar que alguna vez fue de mis abuelos. Hace unos días, Andreina murió. Por fin, después de todo, puede descansar en paz.

Mamá dice que tiene una reliquia familiar para mí. La abuela y ella habían acordado entregármela el próximo año, pero en último momento decidieron dárme la ahora. Nos sentamos en el sofá favorito de Andreina: rojo, con algunos cortes y unas manchas de tinta, donde siento su calidez.

Esther no es buena diciendo las cosas directamente. Da muchas vueltas y eso me

molesta. Pero esta vez la dejo contarme todo con detalles. Al final, me entrega la caja que estaba en la mesita de luz de abuela. Está tallada con grandes dibujos de ramas de árboles y es de un color marrón muy oscuro. Parece antiguo, aunque se mantiene muy bien cuidado. Mamá cuenta que le pertenecía a Ismael. En ese momento, lo tomo con más fuerza, intentando imaginar a mi abuelo.

Mamá me ve feliz con la caja y saca una llave del bolsillo y me la entrega. Con las manos algo temblorosas, la abro. Para mi sorpresa, veo una cantidad exagerada de dinero. Me asusto tanto que la coloco rápidamente a un lado. Con los ojos bien abiertos, miro a mamá que me mira con una enorme sonrisa en el rostro.

—¿De dónde sacaste todo esto? —digo con una voz casi inaudible.

—Es para ti. Tu abuela y yo ahorramos desde hace mucho tiempo. Ella al principio lo ahorró para mí, pero cuando me lo entregó, me negué a aceptarlo y le dije que te lo daríamos a ti. En ese tiempo, la cantidad era menor.

Hace una pausa y me mira. Como yo no digo nada, sigue explicando.

—El dinero estaba en el banco, pero hace unas semanas tu abuela decidió sacarlo y meterlo en el único recuerdo de tu abuelo.

Supongo que ya sentía venir su muerte.

La escucho y quedo helada. Ni en mis mejores sueños imaginé algo parecido.

—Hay algo más —dice mamá.

De nuevo con la caja en las manos, retira poco a poco el dinero para dejarlo sobre el sofá. Me devuelve la caja y veo que no está vacía. Hay una vieja fotografía de mis abuelos, abrazados y sonriendo. En general, las fotos de los viejos parecen de gente que nunca sonrió en su vida. Pero ésta se la tomaron sin que se dieran cuenta. Una lágrima cae por mi mejilla. Pienso en abuelo: si no hubiera muerto tan joven, seguramente todo lo malo nunca hubiera sucedido.

—Él nos hubiera protegido —digo.

—Seguramente sí, hija, pero nosotras podemos protegernos bien, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora puedes tener la vida que nosotras, tu abuela y yo, no pudimos tener. ¿Sí?

—Sí —murmuro, y nos abrazamos.

La travesía de Josué

Según la mamá, Isabel, él estaba jugando en el patio de la casa, pero al salir a buscarlo no lo encontró. Sin permiso, Josué había ido a la casa de Sebastián. Después de unas horas entre amigos, la hermana de Sebas le dijo que ya debía regresar a su casa, que era hora de comer. Pero Josué no llegó para almorzar ese día.

A orillas del parque Ykua Pyta, el niño vio fascinado todo lo que había a su alrededor, las piedras gigantes en la calles y el agua que fluía al costado de las veredas. Con sus cortos seis años, era la primera vez que había salido solo. Todo era nuevo para él, las hojas que el viento hacía danzar y los rayos del sol que se filtraban entre las nubes.

Llegó al Mercado 1 y vio a bastante gente, pero nadie pareció percatarse de su presencia. Como en todo mercado, había mucho barullo, alguna que otra discusión entre vendedores y clientes, alguna que otra fruta o verdura podrida en el piso. Él miró cada detalle como una gran novedad.

Aline, de cinco años, estaba acostada en la cama de sus padres. Emily, su madre, estaba a un lado con la tabla de planchar. A lo lejos, vieron a alguien acercarse. Era Amílcar, hermano de Aline y padre de Josué, con camisa blanca y pantalón negro, el uniforme laboral. El rostro lleno de sudor expresaba cansancio y angustia. Como toda madre, Emily dedujo que había pasado algo malo. Amílcar habló. Josué estaba perdido.

Inmediatamente, toda la familia empezó a movilizarse. Emily tuvo que llamar a su marido, Daniel, que acababa de salir del trabajo para ir a la comisaría. También llamó a su hija, Esther. Ella estaba en plena práctica de la bandalisa para el desfile del 14 de mayo. Después fue a toda prisa a la casa de Amílcar, a unas cinco cuadras. David, su otro hijo, fue detrás de ella.

Emily siempre tuvo miedo a la hora de cruzar la Ruta 8, pues los vehículos pasaban con mucha velocidad y con poca precaución, pero esa vez olvidó el miedo y cruzó rápidamente el ancho asfalto. Mientras tanto, Aline lo único que pudo hacer fue esconderse debajo de un edredón.

Josué no se percató de lo mucho que había caminado. Nadie se acercó para preguntarle qué hacía solo. Ya estaba a un costado de la Municipalidad. Le pareció increíble la

magnitud de ese enorme edificio comparado con su pequeño cuerpo.

La mirada llena de confusión y desesperación del niño llamó la atención de un señor que paseaba en una camioneta. Se acercó hacia él y le preguntó por qué estaba ahí. Josué, como todos los niños de su edad, tenía una imaginación muy desarrollada. Le respondió que vino con su hermano desde la Colonia Independencia en un ómnibus y que luego se perdieron uno de otro. Cuando lo encontraron y él contó la historia de esa travesía infantil, todos se preguntaron cómo pudo haber contestado eso, si era hijo único. El señor, de nombre Orlando, se compadeció con él y lo llevó a un conocido supermercado, cerca del Mercado 2.

Al estar todos reunidos, los familiares de Josué se organizaron en grupos para buscarlo, unos fueron al centro de la ciudad, otros hacia el barrio Ybaroty, algunos hasta Rincón. Emily, en ese momento, llamó a una radio local para avisar que su nieto estaba perdido.

—¿Cómo se llama su nieto, señora? —dijo el periodista.

Ella siempre lo llamó cariñosamente Gordi y con tanto apuro hasta se olvidó del nombre de su querido nieto. Y no tenía una edad tan avanzada como para justificarse.

—¿Cómo era que se llamaba...? —preguntó Emily a quienes estaban con ella.

Orlando y Josué llegaron al supermercado. Los clientes recorrían despacio los pasillos, todo estaba muy tranquilo. Orlando era amigo de Pedro, el propietario. Sabía que él podría ayudar al niño. Le puso al tanto de todo y se despidió. El señor Pedro llamó al dueño de un *karumbe* y le pidió que llevara al niño a la CODENI.

Josué disfrutó del viaje en *karumbe*. Observó detalladamente toda la ciudad, los negocios en cada esquina, las personas barriendo las veredas de sus casas, los vehículos pasando. También escuchó el inconfundible acento guaireño en todas las bocas.

Regresó al Mercado 1. El karumbecero lo dejó en la casa de una señora que trabajaba en la CODENI. Lo recibieron bien. Le preguntaron quiénes eran sus padres y él volvió a dejar que su imaginación respondiera. Dijo que su madre era maestra y su padre policía, cuando en realidad ella era enfermera y él estudiante de Derecho. Acomodado en esa casa, comió *kumanda kesu* con tortillas y se distrajo con la televisión.

El teléfono sonó y Emily corrió para contestar. ¡Encontraron a Josué! Daniel fue a buscar al díscolo nieto. Quienes lo recibieron le contaron la increíble historia de

todo el recorrido que hizo Josué en esa tarde otoñal.

El abuelo no lo pudo creer y cuando regresó a la casa con él de la mano, se puso a contar detalladamente la travesía del niño, con especial énfasis en las respuestas que dio cada vez que le preguntaron quién era, de dónde era y quiénes eran sus padres.

Desde esa tardecita, Josué llama la atención donde sea que se encuentre. Los padres decidieron vestirlo para que se lo reconozca rápidamente, incluso a una gran distancia. Ahora, por ejemplo, rodeado del calor familiar, resalta en el sofá con su conjunto naranja.

Las manos vendadas

Ahora mis manos sangran por la ira y la mezcla de emociones que fluyen en mis venas. Estoy en mi cama con las manos vendadas a la sombra de una vela, pensando en lo que había pasado este día. Déjenme contarles: pasé por un calvario para conseguir unos malditos materiales que me permitieran terminar una porquería. Insolación es lo único que pude llevar conmigo. Trabajé como un perro para ser mencionado en una vaga oración ante los oídos sordos de los compañeros que jamás escuchan. Cuando me vaya, ¿qué pasara con ellos? ¿Qué harán? Esas son las preguntas que pasan por mi mente, mientras soporto este dolor que me impide conciliar el sueño.

Me levanto de la cama, visto un buzo y un anorak para salir a la fresca madrugada. La oscuridad ilumina el centro villarriqueño. Tarareando la canción *Dani california*, camino por las calles inundadas de un silencio ensordecedor y profundo.

Llego a la Plaza de los Héroes, me siento

en una banca, cansado y en paz. Luego de unos minutos de descanso, me doy cuenta de que debo hacer todo el recorrido de regreso. Al levantarme de la banca veo que el vendaje está ensangrentado. No es nada, solo es la mancha de la sangre de cuando recién me corté, pienso.

Comienzo la marcha para volver a casa. No sé por qué siento que el camino es más largo. Con una sensación de euforia, pienso: ¿En serio ahora tengo sueño? Aún me falta mucho. Cada paso que doy exige un esfuerzo muy grande. Al cabo de media hora, logro divisar mi hogar y lo más importante: mi anhelada cama.

A paso muy tambaleante, avanzo. Cada paso que doy me acerca más al objetivo. Cuando estoy a dos metros, falta tan poco, llego al picaporte y abro la puerta. Pero no me encuentro ahí, en la anhelada pieza. No lo entiendo: estoy otra vez en la calle. Debo volver a caminar a duras penas, tambaleando como gelatina por el cansancio. Llego de nuevo a la puerta de mi pieza y la abro. Solo pienso en dejarme caer en la cama. Necesito dormir. Pero vuelvo a verme en la calle... con las manos vendadas cada vez más ensangrentadas.

El dios inútil

Sentado en la silla de mi austero almacén, pierdo el tiempo en Youtube. Termino de ver un video, me quito los auriculares y pienso por qué Dios no hace nada. Estoy con esa pregunta en la cabeza desde que desperté. Ya son las dos y media y sigo con la misma pregunta. Me levanto, cierro el almacén y voy a la iglesia más cercana en busca de una respuesta.

—¿Por qué la gente sufre injusticias si Dios es omnipotente, todopoderoso?

—Porque todos debemos pasar por pruebas...

—¿Por qué no se inmuta y hace algo de una buena vez?

—En su momento, él vendrá y eliminará todo el mal.

—Y qué harán hasta entonces, ¿soportar todo?

—Sí, porque él tiene algo mejor para nosotros, algo eterno.

—Bueno, pero por qué no hace caso a los pobres y los hambrientos, los más necesitados.

—Porque tiene un plan perfecto para cada uno. Y ellos tendrán un lugar privilegiado en el cielo.

—Me retiro. Hasta luego —digo, hartado.

—Recuerda: las puertas de la iglesia siempre estarán abiertas.

Salgo de ese gigantesco templo y escucho el ruido los autos. Cruzo la calle y llego a la plaza. Me siento en un banquillo y pienso por qué Dios no hace nada ante lo que el hombre comete contra su propia imagen. Eso me lleva al borde de la locura. No sé qué creer. Bueno, tranquilízate, me digo, las respuestas llegarán a su debido tiempo.

Me levanto y no sé qué hacer. De pronto, tengo antojo de helado. Camino la escasa cuadra y media y llego a Marimer, mi lugar favorito de Villarrica. Pido un helado de chocolate con dulce de leche. Después de pagar, veo a una persona con un libro en las manos. Eso es muy extraño. Presto atención y logro divisar sobre la mesa otro libro, con una especie de pororó en la portada. Me acerco con el helado en la mano.

—Permiso. ¿Está ocupado?

—No.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto.

—¿Puedo ver ese libro?

—Sí, claro.

Lo tomo y leo la contratapa. Parece interesante.

—¿Dónde puedo conseguirlo?

—Te lo puedo dar, si quieres.

—Sí, ¿por cuánto?

—Te lo regalo.

—¿En serio?

—Sí... solo por cincuenta mil.

—Bueno —digo, y saco la billetera.

—No, en serio, te lo regalo.

—¿Por cuánto?

—Jaja... Por nada, tómalo.

—Muchas gracias.

—Hay que fomentar la lectura. Hoy puedo comenzar contigo...

—¿De dónde eres?

—De Asunción. ¿Y tú?

—De aquí.

—¿No sientes frío?

—No, ¿por qué?

—Mira tu mano derecha.

¡El helado está derritiéndose y cubriéndome la mano! Lo llevo rápido a la boca y escucho unas pequeñas carcajadas del otro lado de la mesa.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Tienes treinta minutos para hacerme preguntas. Luego me desvaneceré entre las sombras para jamás volver a encontrarnos.

—¿De qué religión eres?

—Soy ateo. ¿Y tú?

—Estoy indeciso...

—Ah, sí, ¿por qué?

—Mi Dios es un inútil. Ve que sus fieles mueren de hambre, de enfermedades, de injusticias, y él no hace nada de nada.

—Todos los dioses de todos los tiempos son así. Y sin embargo siempre tienen fieles que creen en ellos solo por tradición, sin cuestionarse nada.

—Ya se me ha cruzado la idea de ser ateo, pero me resulta difícil... La religión se me inculcó desde pequeño.

—También me la inculcaron desde pequeño. Pero podemos superarla, ser mejores personas.

—No lo sé... No me la puedo quitar de encima.

—Bueno, recuerda que solo tú decides a quién o en qué creer. Adiós.

Quiero despedirme de él, pedirle que me dedique el libro, pero se desvanece tal como dijo, entre las sombras.

Regreso a casa. En el camino pienso si debo ser ateo o seguir siendo un creyente más del Dios inútil. No puedo dejar de pensar en eso. Llego a las cinco y media y abro de nuevo el almacén. Tomo el celular, el responsable de mi cuestionamiento, y vuel-

vo a perder tiempo con él.

Cierro a las ocho, me ducho y voy a la cama. La duda impide que concilie el sueño. Me tiene dando vueltas sin llegar a nada. Cuanto más lo pienso, más confuso se pone. Qué hago, qué hago, me pregunto. Al rato, tomo el libro del desvanecido y lo leo. Quizá encuentre una respuesta ahí...

Monopoly

Faltaba poco para la partida de póquer. Estábamos en el departamento de Juan. Yo nunca había sido demasiado bueno, pero solía tener suerte. Mario, un excompañero de colegio, llegó al rato. En los últimos meses vivía en Villarrica porque su facultad estaba en paro. En ese momento, sufríamos una terrible escasez del faso, materia prima para el divague. La ciudad había sido barrida: la cana persiguió a los *dealers* y arrestó a algunos, mientras que otros pudieron ocultarse o escapar. Sin embargo, Mario traía un poco con él.

—¿Dónde compraste el faso, loco? —le pregunté.

Estábamos en un ambiente realmente asfixiante por el humo del cigarrillo. Él me miró:

—Sabés luego de quién, del único que vende todavía —dijo y se puso a oler la bocha. Su cara contraída mostraba el desencanto por el producto que había adquirido. También pude observar sus gestos de des-

contento por la cantidad, que en otros buenos tiempos era una bolsa de hielo llena, a rebosar. La bolsa que tenía en la mano no contenía ni la mitad.

Yo sabía quién era el proveedor, un viejo amigo de mis excompañeros, un hombre oculto en la clandestinidad, que seguramente tenía treinta y tantos años, que vendía desde antes de que supiéramos qué era el alcohol, mucho menos las drogas ilegales.

—Pensé que se había retirado —dije. Es lo más lógico que uno puede pensar después de lo ocurrido con los *dealers*.

Durante la repentina barrida de los agentes antidrogas, una fue apresada estando embarazada, pero logró salir en unos meses gracias a que echó toda la culpa a su marido, quien no tenía relación con el microtráfico. Otra huyó de la ciudad. Algunos no fueron descubiertos y cortaron las relaciones con el negocio de las drogas.

Todo empezó con un hecho que traumatizó a los traficantes. Steve la mula era el *dealer* más conocido entre mi grupo de amigos. Como todo buen repartidor, tenía marihuana, y todo el que tiene marihuana tiene cocaína, es lo que dicen por la calle. Steve era su apodo, nunca supimos su nombre. No tenía más de veinticinco, capaz ni alcanzaba los veintidós. Hizo un mal nego-

cio. Ocurrió durante el invierno, cuando el frío te calaba los huesos. Él solía esperar a sus amigos en el barrio Estación, alguna vez la estación del tren, para salir a embriagarse. Los esperaba pacientemente porque estaba acostumbrado a pasar más tiempo en la casa de su tía, de ese barrio, que en su departamento.

Antes de salir de la casa, había recibido un mensaje de texto de un nuevo cliente. Steve estaba apurado y le contestó que se encontrarán en la estación de tren. No era de confiar en cualquiera. Pero un grupo de amigos los habían presentado. Mientras esperaba, miraba la comisaría ubicada enfrente de la estación. De pronto vio a un policía salir a fumar un cigarrillo, y pensó qué haría si alguna vez lo atrapan. Reflexionó sobre lo difícil que era ser repartidor: todo el día tengo que recibir mensajes de gente apurada, me desespera. Me molestan a cualquier hora. También tengo vida. Este va a ser el último favor que haga. La gente lo molestaba a todas horas por un poco de faso o cocaína. Escuchó que alguien se le acercaba. Era el nuevo cliente. La transacción se hizo rápido. Entregó los gramos, recibió el dinero.

—Gracias, *man* —dijo y se retiró.

Steve no sabía que ese comprador era un

inexperto: esa noche abusó de la sustancia y acabó sufriendo el mayor susto de su vida. El padre del muchacho, al enterarse de dónde había comprado la droga, quería fundir la vida del *dealer*. Y para mala suerte de Steve, era un político con poder.

Una o dos semanas después, de camino al departamento después de haber comprado un lomito, una camioneta blanca se le acercó y el conductor bajó la ventanilla para preguntar una dirección. Steve se detuvo para ayudarlo, pero la dirección era la del departamento en donde él vivía. El móvil se veía familiar, ya lo había visto en algún lugar, en otro momento. La camioneta avanzó despacio, más adelante, en una esquina se detuvo. Bajaron tres hombres. ¡Mierda!, cómo no los reconoció. Eran los de Investigación de Delitos. Empezó a correr hacia el parque Ykua Pyta, bajando la calle. Los tres lo persiguieron y rápidamente lo sometieron a la fuerza.

Lo metieron en la camioneta y vio que el conductor estaba tomando unas cervezas. ¿Acaso no eran policías? ¿Fuera de servicio?, pensó. Estaba apretado entre dos policías. El tercero, el copiloto, se volteó y le dijo:

- Estás bajo arresto.
- ¿Qué está pasando acaso acá?
- Sabemos que vendés drogas.

—¡Drogas! ¡No sé de qué hablan!

El copiloto lo miraba fijamente, y tomó la cerveza que le pasó el conductor.

—¿Querés? —se la ofreció, pero Steve se negó—. Bueno, solo podés salir de esta situación de dos formas: te vas preso o nos pagás cincuenta mil dólares.

—No tengo ese dinero —la desesperación se apoderaba de él—. No les pienso dar nada. Yo no tengo nada conmigo ni en mi departamento, vayan y vean. Estoy limpio.

—Acá tenemos trescientos gramos de cocaína que vamos a plantar en tu departamento, si es que no pagás. Sabemos que no tenés nada en tu departamento —La cerveza pasaba de mano en mano y se acababa rápidamente. Un policía abrió una botella nueva—. Mirá, es sencillo: dejamos esto —dijo y levantó los trescientos gramos— en tu departamento, y llamamos a denunciar a un vendedor. El vendedor sos vos.

Steve sentía frío. Sudaba. Estaba acorralado. En el departamento no había nada, Steve estaba seguro. ¿Pero ellos cómo lo sabían? ¿Habían allanado su morada sin permiso y sin una orden? Era lo más probable. La situación se puso más tensa. Él sólo pensaba en cómo zafarse de eso.

El conductor puso en marcha la camioneta. Dieron vueltas por el centro y por úl-

timo se dirigieron a la azucarera en la estación, donde decidieron terminar el viaje. Luego de varios minutos de repetir que no tenía dinero, que necesitaba un abogado, de rogar piedad, los policías le dijeron:

—Entonces queremos veinte palos —y le pasaron un teléfono—. Le podés pedir prestado a alguien.

Había llegado el fin de Steve. No consiguió el dinero. Era un pendejo que apenas tenía para comer y pagar la facultad. Pero pudo avisar a su madre. En el acta redactaron que los testigos, exconvictos que vivían en Asunción u otra ciudad, eran vecinos de Steve que declaraban haber comprado droga de él. El abogado se dio cuenta de eso sin investigarlo. La situación era densa, todo ya estaba planificado.

A pesar de los errores del acta, lo mantuvieron preso durante seis meses. La única forma de salir era declarándose farmacodependiente, porque lo acusaban de traficante. Durante su estancia en la cárcel, inhaló muchísima cocaína, como para que saliese en el análisis de sangre. Se le quedó el tabique desviado, pero pudo salir libre.

Mis amigos nunca más volvieron a saber nada de él. Después de Steve, otros *dealers* terminaron presos. Excepto uno. Y ése era el contacto de emergencia de Mario. Era

el hijo de un político, cuyo nombre nunca supe. El tipo aprovechó la desgracia de los *dealers* para hacerse de más clientes. Y con la autoridad de su padre, nadie dudaría de él, o al menos lo pensarían dos veces antes de meterse con él. Supuestamente entró en nuestro colegio en algún momento, pero nunca supe de un compañero con un padre político. Tengo muy mala memoria. Además, cierta gente entra y sale de un colegio a otro como si entrara y saliera de cualquier lugar.

Sin embargo, el contacto de emergencia se mantenía oculto, en las sombras, con un sistema organizado de distribución. Solo vendía por temporadas, y se sabía que alguien le avisaba cuando la cana empezaba a tener indicios de que él podía estar haciendo negocios ilícitos.

En el departamento donde Mario, Juan y yo estábamos reunidos jugando al póquer, el porro ya prendido recorría de boca en boca y la habitación volvía a llenarse de humo.

—Tiene un olor raro. No es olor a marihuana. Le pone algo para que no se huela —dijo Mario.

Después de fumar, me di cuenta de que tenía razón. Me llamaba la atención la poca cantidad, y ya no me aguanté de nuevo y le pregunté.

—¿Por qué te vendió tan poco? ¿Por cuánto *pegaste*?

—Es solo un contacto de emergencia. Es para cuando no hay nadie más. La tormenta termina, y él se retira. Antes vendía como los otros, hasta por quince mil me daba dos bolsas llenas. Ahora ni la mitad por veinte, más este olor extraño.

—¿Por qué así? ¿No se supone que es tu amigo? —dije, suponiendo que eran buenos amigos después de haber sido, supuestamente, compañeros en el colegio.

Se echó a reír y miró a Juan como si yo fuera un ingenuo. Lo era porque no conocía bien al *dealer* de mis amigos. Solo entonces entendí el precio, el porqué aparecía en momentos de escasez, y porqué se retiraba al terminar la tormenta.

—¿Acaso nunca jugaste *Monopoly*? —me preguntó—. A él le gusta, por lo visto.

Luis Cerfoglio

Estación Espera

Villarrica, 21 de setiembre de 1954. Temprano en la mañana, Nicolás aguardaba en la estación de trenes la llegada de su primo Augusto, quien llegaría junto con la primavera. Augusto era como su hermano menor. Crecieron juntos, sus padres eran tan unidos que decidieron construir las casas donde vivirían toda la vida uno al lado del otro. Nicolás y Augusto parecían hacer honor a la historia y la genética de sus progenitores, desde pequeños compartían todo: ropas, juguetes, sueños. Ambos soñaban con llegar a ser dueños de un restaurante italiano. Nicolás, un año mayor que Augusto, desde temprano supo ejercer el rol del hermano mayor, siempre un paso adelante de Augusto: con su pequeño andar iba abriéndole camino cual machete en la selva, a través de la frondosa vida, desde en la escuela. Cuando Augusto ingresó al preescolar, Nicolás, con el mentón levantado, la mirada fija y el tono firme, se lo presentó a los brabucones: A éste lo respetan.

Sentado en un banco de la estación de trenes con una pícara mueca y la mirada en el horizonte, recordaba con melancolía los años de adolescencia, de bromas y travesuras, como las noches en las que iban al cementerio de la ciudad, en cuya esquina había un enorme árbol de mango. Nicolás y Augusto lo trepaban para arrancar unas frutas y permanecer callados mientras esperaban a sus víctimas, los vecinos. Cuando ellos pasaban, Augusto lanzaba un silbido agudo y largo capaz de erizar la piel a cualquiera. En el momento que volteaban, Nicolás les arrojaba mangos y los vecinos huían corriendo, en muchos casos a los gritos. Por las mañanas, el dúo guasón encendía la radio y reía a carcajadas al escuchar a los vecinos que llamaban a los programas para contar que en el cementerio había movimientos paranormales.

El pitido de la locomotora que anunciaba la llegada a la estación, desató el bullicio de la gente. Nicolás pensaba en el enjambre de sueños de todas esas personas llenas de ilusión y volvía en sí mismo. Sonreía con los ojos llorosos, como húmedas linternas que alumbraban sus recuerdos. Prendía un cigarrillo con el afán de contener la emoción, de no derramar una lágrima mientras esperaba que Augusto bajara del vagón de

pasajeros. Habían pasado casi treinta años de no verse, de escribirse cientos de cartas, de escucharlo milagrosamente en las noches de año nuevo a través del teléfono. Esa mañana contemplaba el cielo más azul, sentía en la brisa un sople de tranquilidad, era otro aire, era otro cielo, otros tiempos y se repetía a sí mismo: «El tiempo pasa, nosotros quedamos». Y Augusto aún no bajaba.

El griterío de la gente empezaba a sofocarlo, como esas noches de fiesta, cuando Augusto lo arrastraba a asistir, pues no era muy dado a la parafernalia de esos encuentros, pero no pensaba dejarlo ir solo. En sus años mozos y en medio de esa jungla de gente entre el vapor del tren, el olor a chipa y *mbeju* recién hechos y la desesperación por no ver a Augusto bajar, el temblor en las piernas y el chasquido de dedos se hacían más notorios. Era obvia su desesperación, igual que en las fiestas donde se perdían, quedándose con el temor de regresar solo a casa. «¡Todos a bordo!», gritó el guarda del tren que llegó con inmensa alegría y que estaba a punto de marcharse lleno de angustia y pesar, de gargantas agrias y cerradas, lleno de sueños rotos como los de Nicolás, como los de tantas personas dejando atrás chacras secas y platos vacíos.

—¡Alto! ¡Detengan el tren! ¡Aún no ha bajado! —gritó Nicolás.

—Ya no queda nadie por bajar —contestó el guarda.

En medio de su desesperación, Nicolás quiso avanzar hacia el tren pero fue impedido por guardias civiles que estaban en los costados de las de entradas de la estación. Entonces los nuevos cadetes policiales que resguardaban el lugar intentaron llevarlo al calabozo por perturbación de la paz pública, pero una vendedora de chipa, en cuyos cabellos blancos y arrugada piel se podía admirar la sabiduría y la amabilidad adquirida con el paso del tiempo, se acercó a los cadetes y les pidió dulcemente que la dejaran hablar con Nicolás

—Seguro viene en el otro, en seguida ya llega —dijo y lo acompañó un rato.

Nicolás regresó al banco y tembloroso se dispuso a prender un cigarrillo, cuando la anciana le regaló una chipa y él la aceptó, pues quería hacer pasar el trago amargo que acababa de vivir. La vendedora lo bendijo y se alejó lentamente.

Nicolás se preguntaba si el próximo tren llegaría en seguida. Ojalá Augusto no coma nada pesado, se decía. En la casa los esperaba un gran banquete en honor al reencuentro que debía ser celebrado.

Entre la impaciencia y el calor, el sueño comenzaba a atacarlo. Sentía que dormita-

ba y no sabía si soñaba o era realidad, ¡pero un nuevo tren se acercaba! Con la ilusión intacta, de un salto se incorporó por la emoción. ¡Un minuto más! Sus hijos y algunos amigos llegaban a la estación. Al verlos, se emocionó que compartieran con él la alegría de ver a su primo, su hermano del alma. Ellos lo rodearon y abrazaron. La felicidad lo invadía. El tren paró al fin y la escena se repitió: las personas felices por llegar, las personas hechas trizas dejando todo en busca de un poco de luz, un beso de despedida, un abrazo de bienvenida, lágrimas dulces, otras amargas, pero Augusto no bajaba y el corazón de Nicolás se desangraba.

¿Por qué? ¿Dónde estás? —gritó a la par que el guarda marcaba la salida del tren.

Los familiares y amigos se acercaron para contenerlo. Augusto no llegó. Sabía que no llegaría. Nicolás metió la mano en el bolsillo en busca de otro cigarrillo para llenarse de humo, no de tristeza. En él tenía la carta que lo llevaba a la estación. Algo le decía que no la leyera, que ya era suficiente por un día, pero Nicolás era una persona valiente y las personas valientes enfrentan el miedo a pesar del temor y las consecuencias. La carta decía:

El azul del cielo cambia, el viento cambia, la tierra cambia, los tiempos cambian y el tiempo

pasa. Nosotros quedamos. Siempre a tu lado a pesar de la distancia y el tiempo, mi mano derecha, mi amigo y mi hermano. Feliz cumpleaños. Perdón por el retraso, no acabo de terminar los trámites. En una semana llegaré para retirarme y abrir por fin Los Fratelli, nuestro gran restaurante. Una semana nada más. Espérame en la estación de trenes.

Augusto.

21 de setiembre 1950.

El 22 de setiembre de 1950 fue una mañana cálida y agradable, pero para Nicolás desde entonces fue un eterno invierno. Desde entonces, iba cada semana a esperar el tren en el que Augusto nunca llegaba.

Las almas en pena del Tevikuarymi

En una mañana calurosa, Guillermo no pensó dos veces en llamar a Rafael y pedirle que lo acompañase un día entero para pescar en el río Tevikuarymi.

—Hola, Rafa. *Ha upéi kape*. ¿Qué decís para ir de pesca?

—Tranquilo pa, socio. Y... me da miedo ahora el río: creció mucho. Hoy también voy a estar con mi novia, no voy a poder ir.

—¡Dale, Rafa! Un día nada más. ¿Para qué están los amigos?

—Está bien, *kape*, pero esto te va a costar unas cuantas cervezas —dijo Rafa, entre risas.

Guillermo, entusiasmado, preparó el equipo de pesca y la canoa tricolor, herencia de su padre, quien la construyó con sus propias manos y la nombró San Pedro, patrono de los pescadores.

Rafael avisó a su novia que iría de pesca con Guillermo y que se encontrarían en la entrada del Tevikuarymi. La novia, por supuesto, le reclamó que la abandonara, pero al final lo dejó ir.

Se encontraron y prepararon el equipo de pesca para embarcarse en la canoa.

—Guille, ¿trajiste para dos personas tu equipo?

—Claro, *kape*, sabía que no tenías, por eso traje para los dos.

—*Oima*

—Yo guío hacia la parte más profunda, donde están los peces más grandes. Hoy quiero atrapar un dorado. Sin eso, no nos vamos.

—Está bien, pero no tardemos tanto. Ya sabés que las personas comentan que el río se respeta, y que tiene horario de pesca, porque hay apariciones de almas en pena de los ahogados.

El Tevikuarymi, río que cruza la ciudad de Tevikuary, ya se ha cobrado varias vidas de incautos, aventureros en esas aguas engañosas. Los pobladores murmuran historias de avistamientos de almas penitentes que vagan por el afluente. Algunos aseguran haber visto a un joven salir de las aguas o deambular por la playa, o en el bosque circundante del río. Otros afirman que una mujer desaliñada flota sobre las aguas y a veces se acerca a las embarcaciones de los pescadores. O que escuchan los gritos de una joven a mitad de la noche cuando todo está en calma.

—*Anina ekyhyje*. Esos son puros cuentos. Yo no creo en esas cosas.

—Legal, *kape*, mi abuela me había comentado también varias historias que pasan en el río, o en el bosque, cuando las personas van a buscar leñas y ven cosas extrañas, como conejito blanco sin cabeza, que salta y desaparece. Algunos dicen que es suerte ver eso, otros que es *plata yvyguy*, pero mi abuela dice que son espíritus que se manifiestan de esa forma. Por eso, *kape*, mi abuela me enseñó una oración para proteger de esas cosas...

—Pfff... *Nde japu*, Rafa.

Remaron hacia la parte más profunda en busca del apreciado dorado. Durante esa mañana, no pescaron nada. Ya de tarde, Rafael dijo:

—Guille, ya es hora de retirarnos. ¿Te acordás de lo que te comenté?

—¡Basta, *che ra'a*! Las almas en pena no existen. Las personas cuando se van, abandonan totalmente este mundo. Aún no atrapé el dorado. Nos quedamos más tiempo.

—No seas incrédulo. Son situaciones difíciles de entender, pero creo en los espíritus que vagan por estos lugares. Son energías de aquellas personas que perdieron la vida en estas aguas.

Guillermo no le prestó atención y remó

hacia adelante hasta ubicarse debajo del puente viejo de madera resquebrajada y tambaleante, a causa de la corriente, lanzando y recogiendo el señuelo, reponiendo carnadas en el anzuelo, y quejándose de la mala suerte...

Al caer la luz del día, Rafael se inquietó debido a los esporádicos ruidos de animales internados en el bosque. Sintió escalofríos en todo el cuerpo. El miedo se apoderó de él.

Guillermo siguió concentrado en su objetivo. La oscuridad se apoderaba cada vez más del lugar. El río se veía negro y Rafael miraba a su alrededor como si alguien más estuviera cerca.

—*Jahapy*. Acá no hay luz, no traje linterna. Ya atrapaste ko muchos peces.

—Vamos a esperar más. No tengas miedo.

La persistencia de Guillermo los obligó a quedarse.

De repente, sintieron un movimiento brusco: algo o alguien golpeó la canoa. Del susto y la sorpresa miraron hacia el agua y no había nada en el río. Para retomar la tranquilidad, ignoraron ese movimiento. Pero de pronto oyeron un grito desesperado, esta vez en el bosque. Parecía el de una joven pidiendo auxilio. Asustado, con la voz temblorosa, Guillermo preguntó a su amigo:

—¿Escuchaste pio?

—Escuché, boludo. Seguro es la fantasma de Isabel. ¿Ahora me creés? Ya es hora de retirarnos.

—*Nderasore, kape. Jaha.*

Se acomodaron rápidamente para remar lo más rápido posible. En ese momento, Guillermo vio a una persona en la orilla, observándolos. Era una mujer desaliñada de larga cabellera y rostro poco nítido. En un abrir y cerrar los ojos desapareció de su vista.

—*Kape, ¿viste pio eso?*

—¿Qué cosa pio? No vi nada

—A una chica en la otra orilla del río.

—No *kape*...

—*Ndi sapatore. Jaha, kape, jaha.*

Guillermo remó con vigor y se dirigió hacia la orilla opuesta a la de la aparición. Rafael rezó la corta oración *pax tecum, domine*, la que le había enseñado su abuela para protegerse de los malos espíritus y ahuyentarlos.

Asombrado por las extrañas palabras de su amigo, Guillermo miró con valentía hacia atrás para ver si la persona volvía a aparecer o si esa alma se dejaba ver de nuevo. Ya casi no se distinguía nada por la oscuridad.

Llegaron a la orilla y Guillermo, cansado, saltó de la canoa y estiró a su amigo para

que desembarcara rápidamente. Atravesaron corriendo la playa hasta el camino que conducía a la salida, rodeado de bosques con crucecitas que recuerdan a los ahogados.

Sin luz, sin linterna, no se distinguía el camino. Solo la luz de la luna dejaba ver apenas la salida. Guillermo, asustado por lo sucedido, dejó todo en la canoa, el equipo y los pescados. No le importó nada, con tal de alejarse de ese lugar. Rafael no comprendía el actuar de su amigo, pues él no había visto nada. Solo oyó el grito de una mujer, el ruido de los animales y el croar de las ranas.

Dirigiéndose hacia la salida, ambos amigos decidieron descansar por el desgaste de la huida para recuperar el aliento. Rafael se alejó un poco de Guillermo para buscar un lugar donde pudieran descansar mejor. Encontró una piedra enorme y se recostó, de espaldas al bosque. Cerró los ojos, se acomodó y cruzó las piernas. Dormitaba cuando escuchó un ruido. No le prestó atención. Creyó que eran los animales de la noche. Pero el ruido se incrementó, ya no parecía al de un animal sino al de unas pisadas, cuando las ramas pequeñas y las hojas secas se rompen al caminar. Volteó y vio una aparición al costado de un enorme árbol, que caminaba hacia él. Vio que le extendía su pálido brazo tratando de entregarle una

medalla brillante. Rafael no podía creer lo que veía y se preguntó si estaba soñando. Luego esa alma se alejó lentamente sin mirar atrás, y desapareció en la oscuridad.

Las personas dicen que las almas en pena quieren comunicarse con nosotros porque necesitan rezos. Aquel espíritu que tenía pendiente encontrar un meteorito que cayó en la ciudad, una parte en el río en el año 1984, era uno de esos rumores que los pueblerinos comentaban que aparecía en el bosque y se manifestaba de vez en cuando.

Rafael tiró la medalla y corrió hacia donde estaba Guillermo, más lejos aún de la salida.

—Socio, socio... acabo de ver algo, bolido. No sé bien que era, *añemondyi, che korasô perere*.

—*Mba'e*.

—Le vi a alguien detrás de un árbol, pero no era una persona porque desapareció. No habló, solo extendió una mano y me entregó una medalla que brillaba, pero tiré hacia el otro lado.

—*Nde japu... Jaha katu, ese ko es ka'aguy póra...*

—Híjole, de seguro soñé nomás... —dijo Rafa, preguntándose si la medalla tendría algún valor.

Por fin lograron llegar a la salida del Tevikuarymi. Aún asustados, aunque con ex-

perencias distintas, ninguno creía al otro. Guillermo, escéptico, trataba de disimular que estaba asustado. Rafael quedó confundido, sin saber si lo soñó o en verdad vivió ese momento de pánico.

Apofenia

Los nombres tienen poder. Cada nombre posee una musicalidad y una vibración propias. Todos los días nos nombran varias veces y eso puede generarnos ansiedad si nuestro nombre no nos gusta, pero si llevamos el nombre adecuado a nuestra forma de ser, puede proporcionarnos bienestar y satisfacción. Cada vez que pienso en el nombre que llevo, me pregunto si alguna vez haré honor a su significado.

Desde que se enteró, mamá quiso un varón para que alguien se hiciera cargo de la familia cuando papá envejeciera. Ella aún tendría energía, pero la fragilidad del cuerpo no la ayudaría en las tareas del campo. La abuela, mi nana, le enseñó el arte de tejer *ao po'i*. En su época, nana era una habilidosa tejedora de prendas, pero el arte vende menos que el pan, no era una necesidad básica, menos en Jataity. Desde que abuelo falleció, el comedor improvisado en el corredor de la casa solventaba los gastos de la familia.

Papá, a poco de terminar la primaria, se

enlistó como trabajador temporal en la Hacienda Martínez. En sus extensas propiedades cultivaban caña de azúcar. De lo que sobraba de los mandados que llevaba, más las propinas de aquellos a quienes agradaba, él «se hacía para su sueldo». Aprendió a aumentar las sobras y a agradecer a más personas, y se convirtió en un *mita'i valé*, alguien a quien veían con la suficiente motivación para contratar como aprendiz de capataz.

Eladio, papá, llevaba casi veinte años en la Hacienda Martínez. Desde hacía cierto tiempo enseñaba a los nuevos aprendices cómo debían hacerse el sueldo. Frecuentaba con sus muchachos el comedor de nana. Se había convertido en todo un *karia'y valé* y generoso.

Un mediodía de abril, camino al comedor, un hecho llamó su atención. Algo inusual en todos los años que tenía yendo a lo de nana. Ese día la conversación con ella fue más larga de lo habitual

—*Ahecha ajukuévo petei mitã kuña iporava oikévo nde roga kupépe. ¿Mava piko pea, ña María?*

—*Pea ko che memby, Victoria. Ha'e ningo ndosei guasui voi. Ko'ángante oseve oiko hina. Oipota la imaterialera, ojapose la ao po'i rembiapo, ha amé'e chupe ichangara, peichamante orekota ojoguahagua la oikoteveva.*

—*Ipora upéicharo. Como la madre, ojapo-*

sé avei ao po'i. Ndeve ose pōra akue la kamisa umia kuera, ¿ajepa?

—He, heta mba'e che ajapo akue en ao po'i, ose pōra kuri cheve la kamisa pero la ahaihuvéva akue ningo la vestido de novia, una vé minte ajapo akue, ijetu'u ko upea, heta la itrabajo eja-poporaséro, ajepa.

—¿Ha ombyaty hetáma piko la nde memby? Iñinteresante ko jaikuaa araka'epa oikatu ojapo la kamisa umia kuera. Ofalta cheve peteî kamisa de lujo aipuruhagua aháramo paraguarype ha mba'e.

—Ha ojapo mimi ko la encargo, pero hepyete-rei ningo los insumo de calidá.

—Re avisaminte chéve cualquier cosita ña María. Ha'éva akue ndeve, ifalta cheve peteî kamisa. Ikatu roypytyvo michimi avei, erente cheve ha amoimbaitéta chupe los insumo de calidá.

—Jahechata mba'epa ikatu rojapo nderehe, don Eladio, ndaha'emoái ningo mba'eve ndeve guara, una ayudita para que mi hija cumpla con su deseo.

Hace poco, mamá me confesó que no sabía muy bien al deseo de quién de los dos se estaba refiriendo ña María. Lo que Victoria deseaba era hacerse un vestido de *ao po'i* para cuando cumpliera quince años. En cambio, lo de Eladio traería consecuencias de nueve meses.

A un año de aquella ayudita, en un nuevo

abril, mis padres sorteaban caminos de tierra en busca de un hospital. Mi tío Eduardo nos llevó lo más rápido posible. Mamá estaba en el asiento trasero del auto, papá en el del acompañante.

A pesar de la época en la que vivimos, el acceso a los controles prenatales suele ser casi un tabú en ciertas localidades. Lo normal es embarazarse, y ya que la naturaleza es sabia, sabe cómo hacer las cosas para que la madre siga normalmente con sus obligaciones, más todavía si es una madre joven, fuerte, llena de vida. Luego de tres amenazas de aborto, debidamente solucionadas con la partera del barrio, el embarazo estaba en el séptimo mes, y fue una pena que ña Lidia, la partera, estuviera de viaje, pues con ella todo se hubiera solucionado más rápido. Sin trajinar tanto, sin esperar tanto.

Cuando salieron al asfaltado de la ruta que une Coronel Oviedo con Villarrica, tío Eduardo pudo ir más a prisa. Se decidieron por Coronel Oviedo. El hospital materno infantil de esa ciudad poseía mayores garantías en cuanto a la calidad del servicio y los equipos. Llegaron a la seis de la mañana. Dos horas antes empezaron las contracciones. Nana buscó a papá en la hacienda y le envió un mensaje con el portero de turno. Eladio tardó en responder, pero al final llegó

con tío Eduardo y fueron a buscar a mamá.

Al llegar al hospital, dijeron que por ser de Jataity debía atenderse a la paciente en el hospital de Villarrica. No sabía que la salud tenía jurisdicción. Además, el médico de guardia no estaba capacitado para el parto y los insumos eran escasos. Dada la complejidad del embarazo, esos insumos serían difíciles de conseguir en las farmacias de la zona. No podían atenderla. Tocaba regresar e ir a probar suerte a Villarrica. La única ambulancia estaba prestando servicio en un accidente de tránsito en algún lugar de la Ruta 2. Los domingos de mañana suelen ser movidos en ese sentido: motocicletas y conductores ebrios son una mala yunta. No quedaba otra opción: había que ir al hospital regional de Villarrica, una hora más de viaje, una hora más de contracciones, una hora más sintiendo los malestares que una mujer debe sentir cuando se convierte en madre.

El vestido de *ao po'i* para los quince años de Victoria se había convertido en la ropita de *ao po'i* para Lourdes. Habían elegido ese nombre al ver la forma redondeada de la panza de mamá. Pensar en su vestido de quince transformándose en ropita de bebé la confortaba un poco, hasta que las imperfecciones del camino y la prisa que papá le imprimía a Eduardo la devolvían a la realidad.

Llegamos al hospital como a las siete y treinta de la mañana. La entrada a urgencias estaba ocupada por una patrullera que bajaba a un hombre herido a la salida de una discoteca. Era una de esas veces en que, por la adrenalina, las cosas sucedían en cámara lenta. Tras bastante espera, la patrullera despejó la entrada, pero los enfermeros no habían regresado. Un poco confundido y sin saber qué hacer, papá buscó una silla de ruedas. Un policía lo ayudó. Luego los dos se quedaron sin saber qué hacer. Papá solo atinó a dirigirse a la admisión del hospital. ¡Cédula de identidad! No había llevado los documentos de ninguno de los dos. Afortunadamente, existían los sistemas informáticos. No debería haber mayores inconvenientes. Solo un pequeño detalle: ambos no estaban asegurados. De esa manera era imposible, según la funcionaria, que los pudieran atender.

—*Pero kóa ko hospital ningo ha'e che jurisdicción, la ocorrespondéva cheve, ¿mba'eicharupi ndapende atendemo'ái ore rehe?*

—*Aikuaa upeva che karai, pero ndapeimei registrado, ha ni siquiera una vez oú nde rembireko la icontrólhápe, peicha ko ijetu'u la atención penendive. Peikéara la sistemape.*

Sin documentación y con mucha burocracia de por medio parecía casi imposible

poder solucionar algo a corto plazo. ¿Adónde podrían ir? ¿Qué más quedaba por hacer? Paraguari era la siguiente opción. Otra hora de viaje. Ya habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que habían llegado a Villarrica y mamá todavía esperaba en urgencias alguna solución.

Se pusieron en camino a Paraguari, pero antes debían detenerse en una estación de servicio. Mientras cargaban combustible al auto, mamá pensaba en todo lo que debía pasar una mujer para tener a un bebé. Y conste que no había ido a ver al médico durante el embarazo, de lo contrario hubiera pasado por más penurias.

Nueve de la mañana. El calor del sol de tanto en tanto les recodaba a todos que había pasado bastante desde que salieron de la casa de mi nana. Llegaron al hospital regional de Paraguari. Bajaron en silla de ruedas a mamá, y papá corrió a la oficina de admisión, pero al ver a un enfermero en el pasillo, le pareció una mejor idea hablar con él.

—*Areko ningo che rembireko a punto de parir, ha oikotee sala de parto. Ehechamina chupe, doctor* —le piropeó—. *Angaiténte ko roguahe.*

—Sí, cómo no, vamos a ver qué podemos hacer por tu señora. ¿Ya se registraron?

—*Eh... péa ko la problema hina, rohóma Coronel Oviedo, ha oderiva orevé Villarricape*

porque pea la ore jurisdicción, he'i, ha upepé katu oje'e oreve que ndoroimei registrado. Ikatuara ningo ápe rotopa la sala de parto. Ápe areko'imi nde ma'era —dijo entregándole un billete doblado al pasarle la mano—. Ehechápy ñande la sala, a agradecéta ndeve, che papá.

Ese fue el apretón de manos de la paz, o el apretón de manos de la felicidad, dependiendo desde donde se lo mire. La funcionaria de admisión registró que se aceptaba el ingreso de Victoria Méndez por razones humanitarias, con la autorización del médico de guardia.

Una inyección de útero inhibidor fue la primera medida. De esa manera las contracciones disminuyeron y por primera vez ella sintió algo de alivio. La ecografía había revelado que la situación del feto era delicada. Por lo tanto, no tardaron en aplicarle la inyección de maduración pulmonar para acelerar el parto. Y la prepararon para un parto normal pero con episiotomía, de manera a ampliar el canal de parto y facilitar el nacimiento del bebé. La anestesia no quitaba por completo la incomodidad que representaba semejante trauma. No obstante, eso la ayudó a soportar conscientemente la maniobra.

Siete meses de gestación. Lourdes cabía en la palma de la mano de papá. La goma del pañal más pequeño le llegaba hasta el

cuello. Debieron hacerle cortes a los costados para liberar los brazos y conectarle la intravenosa. Cubrieron los ojos para que la luz no dañara el órgano. Un par de electrodos en la cabeza, un par en el pecho y unos más en la espalda, más el entubamiento para que respirase lo mejor que fuera posible. Apenas respondía a la alimentación: los signos vitales eran débiles y los pulmones no funcionaban correctamente.

Dos de la tarde. La anestesia dejaba de hacer efecto en mamá. Para descansar debidamente le inyectaron unos sedantes. Madre adolescente que buscaba hacer honor a su nombre y salir victoriosa de esta prueba.

Seis de la tarde. A lo largo de las horas no se mostraban mejorías. El médico de guardia era sincero cuando le hablaba a papá de un mal panorama. Era muy probable que no pasara la noche. Alberta, la esposa de tío Eduardo, llegó al hospital poco después de las cinco de la tarde. Ella se encargaba de ir a comprar los medicamentos y de alguna que otra diligencia, si fuera necesario. Se ofreció a quedarse durante la noche para que papá tratara de dormir un poco.

Nueve de la noche. Alberta estaba caminando en círculos en el pasillo frente a la sala de neonatos del hospital. El médico de guardia la llamó: debía ser fuerte, era me-

jor que se preparase antes de darle la mala noticia a mamá. No había mucho que agregar: un embarazo con antecedentes de amenazas de aborto, sin controles prenatales y con la demora en la atención, sumado al parto prematuro, terminarían produciendo el deceso del bebé.

—Pero es una criatura que todavía no ha vivido, no puede ser. Hasta ahora ha estado muy tranquila. ¡Es tan chiquita!

—Es lo que aparenta, señora. No asimila los alimentos, tiene dificultades para respirar y sus signos vitales no han mejorado desde que la sacamos. Mire, le recomiendo que busque a la hermana Blásida. Ella se encarga en estos casos de bautizar y encomendar a los niños que nacen en estas circunstancias. La enfermera de guardia puede contactar con ella, si querés.

—Está bien. Le puede decir que la vamos a necesitar. Ojalá pueda hacer por medio de la oración que mi sobrina pueda salvar esta noche por lo menos.

Diez y media de la noche. Una mujer de andar parsimonioso, con el cabello blanco casi totalmente cubierto por el hábito, con la biblia en una mano y un rosario en la otra, se acerca hasta la sala. Alberta la reconoce de inmediato y se acerca.

—Hermana, gracias por venir.

—De nada, hija mía. Veamos al bebé. ¿Es nena o varón? Claudia, la enfermera de turno, solo me habló de una criatura en situación delicada. ¿A ver, dónde está?

Llegaron hasta la incubadora. Se acercaron con cuidado, apenas se asomaron a ver. Cuentan que sus puños estaban cerrados, como si por medio de ellos se aferrara a la vida. Inmóvil, un leve abultamiento constante en su cuerpo era señal de que todavía respiraba.

—¿Cómo se llama?

—Lourdes. Sus padres decidieron llamarla Lourdes Patricia.

—¿Cómo? ¡Lourdes no es nombre para esta criatura! Debe llamarse Carmen. María, madre de Dios, es reina y protectora de las ánimas del purgatorio. Y la devoción por la Virgen del Carmen está ligada a esas ánimas. Así, honrando a la Virgen del Carmen, poniéndole su nombre a esta criatura, nos acercamos a todas esas almas ya salvadas que están en plenitud de la gloria. Entonces, agradamos así a María, que visita a esas almas y también acorta su tiempo de llegada al cielo. Debemos asegurarnos de que sea recibida en el reino de los cielos. Recién ha nacido, no hay mucho tiempo para el bautismo. Hay que consagrarla de inmediato.

—Como usted diga, hermana. Nosotros, en familia, esperábamos ansiosos a esta

bebé. Si no sobrevive, será un golpe terrible para todos.

—Las criaturas que no nacen, es porque no pueden soportar la carga de este mundo, es por eso que hay abortos. Y las que nacen y viven poco tiempo, es porque no puede soportar la carga acumulada de todos los pecados de su familia. No lloren de tristeza porque esta criatura abandonará este mundo. Más bien, lloren porque ésta es una heroína que fue elegida para cargar con todos los pecados de su familia. Reconfórtate y reconforta a tus familiares.

Del hábito saca una pequeña bolsa. La abre sin mostrar el contenido y se ubica en modo de oración:

—Recibe hija mía este escapulario, que será de hoy en adelante una señal de confraternidad y privilegio. Quien muriese con él, no padecerá el fuego eterno. Es una señal de salvación, amparo en los peligros del cuerpo y del alma, alianza de paz y el pacto sempiterno. Ave María purísima, tú que vi ves y reinas por los siglos de los siglos, concédenos la paz y asegura el paso de esta tu hija recién nacida llamada Carmen, a través del purgatorio hacia las ánimas en plenitud de gloria para su descanso eterno, amén.

Solo el sonido de los equipos se escuchaba luego de la oración. Ambas quedaron en

actitud reflexiva, como si hubieran cumplido con un deber divino del que en el futuro nadie les pudiera reprochar. En paz consigo mismas, salieron de la habitación. Quedaba esperar un poco más. En la recorrida de guardia por la mañana debían evaluar nuevamente la situación de la recién nacida.

Equipo crítico para una paciente sin muchas probabilidades de sobrevivir.

En la recorrida de guardia, el médico recomendó que la desconecten. En la madrugada había ingresado otra mujer, la situación de su bebé no era tan complicada, necesitaban el equipo para alguien a quien pudieran salvar.

Alberta, durante la noche, logró aquella preparación emocional que le habían pedido para despedir a su recién nacida sobrina. Le aseguró a mamá que Lourdes quedó bien encomendada, todo estaba en manos de la virgen del Carmen.

A media mañana las enfermeras de turno, en presencia del médico de guardia, procedieron a desconectar a Lourdes. Al retirarle el entubamiento, la bebé abrió las manitas y luego las volvió a cerrar, suspiró, pareció aliviarse. Las enfermeras miraron al médico, éste se rascó la cabeza, pensó un momento y les dijo:

—Entúbenla bien, luego vemos cómo evoluciona.

En el bautismo, durante la misa, el sacerdote recordó la historia de la virgen del monte Carmelo y cómo ésta acompañó a los ermitaños que vivieron en ese monte, considerado el jardín de Israel —*Karmel*, de donde proviene el nombre, significa jardín—. Ella les había llevado la gracia espiritual. La niña que bautizaba ese día tenía algo milagroso en su origen. La misma gracia, decía el sacerdote, colmaría a los que la rodeasen, seguiría tal vez honrando el pacto del escapulario. Mi papá se hizo creyente aquel día en que Lourdes pasó a ser Carmen.

Cuando nació, mi destino ya no era el que inicialmente tenían preparado para un hijo varón, Carmen lo había cambiado todo. Por ella, viajamos a la capital. Papá seguía siendo capataz, pero en una empresa constructora, y mamá, empleada en una industria textil.

Creo que mi nombre tiene musicalidad, a veces me incomoda que algunas personas me nombren. No me parezco a mis homónimos y supongo que mis padres habrán pensado en algún que otro santo para darme el nombre que llevo. Pero al recordar cómo Lourdes se convirtió en Carmen, no puedo dejar de pensar en que realmente ella es el edén de la casa.

Carlos Morel

Lágrimas del cielo

Las llamas del Tevikuary tuvieron esa maravillosa nitidez de las cosas que se observan por primera vez. Se partió en dos al explotar en el aire, desprendiéndose un color verde pálido brillante desde el centro, que se degradaba hacia el exterior. Los fragmentos más pequeños tenían una coloración rojiza. Una estela de humo dibujó la trayectoria al entrar en la atmósfera. Por los colores de las llamas supimos de su composición cúprica con trazas de sodio. Las rocas que caen del cielo llevan el nombre del lugar donde cayeron o son encontradas. A la que vieron caer a las afueras del pueblo le dieron el nombre de esta ciudad, que se vio maravillada y aterrada con su caída.

En la vieja estación ferroviaria se había habilitado un museo para recordar las épocas en las que el tren era fuente de progreso. Ahora sus salas están remodeladas para exhibir los fragmentos de un extraño mineral formado durante el impacto. El calor y la presión generados por el choque del meteorito contra la tierra eyectaron grandes cantidades de mate-

rial fundido, que al tomar altura se enfriaron y cayeron en los alrededores, formando esas extrañas piedras azul turquesa en forma de gotas alargadas, achatadas, curvas o espiraladas. Lágrimas del cielo en un campo sagrado a partir de aquel día en que la ciudad despertó más temprano de lo habitual.

Las primeras piedras encontradas aún tenían un brillo incandescente. Algunos dicen que tienen la propiedad de contactar con seres de otras dimensiones o planos astrales. Otros aseguran que al dormir con una piedra sobre la frente tienen sueños lúcidos con quienes ya no están. El fragmento mayor del meteorito había caído en los terrenos del intendente de la ciudad, y algunos restos pequeños en las propiedades vecinas. El fragmento menor penetró en el lecho del río Tevikuarymi, en un lugar reconocido por los pozos de agua, donde varios incautos perdieron la vida.

Para una ciudad que solo dependía de dos industrias, la oportunidad de hacer dinero con los fragmentos del meteorito y las piedras azules era algo que no se podía dejar pasar. Los pequeños comercios que afloraron en toda la ciudad vendían desde trocitos de roca hasta anillos y aretes hechos con lágrimas del cielo.

Héctor se esmeró en la terminación del collar que hacía un mes venía diseñando. Solo

faltaba el toque final, una lágrima del cielo. Ignacio, su padre, llevaba el inventario de todas las piedras del negocio, donde ambos trabajaban cada día con meticulosa cautela. Si el hijo quería ese toque final para el collar, debía adquirirlo como cualquier cliente: no podía solamente hacer desaparecer nada sin que el padre lo notara. Con lo que ganaba, debía trabajar cerca de seis años para comprarla. En principio, las piedras y los restos del meteorito estaban regados por los alrededores de la ciudad. Se los podían encontrar incluso en el camino. Pero una vez que los restos habían sido recogidos, solo quedaban los yacimientos en terrenos privados.

Ni un trozo de lágrima en ningún terreno de la zona estaba entre las opciones de compra. Aun así, eso era más fácil que intentar convencer a su padre que le obsequiase algo del mineral. Elena, para quien estaba hecho el collar, no gozaba de la simpatía de la familia de Héctor. Ignacio afirmaba que el amor dura solo con la niebla hormonal de los primeros días, cuando el corazón domina las emociones que producen taquicardia. Sin embargo, el dinero es algo real que asegura los privilegios y mantiene viva la ilusión del futuro, más todavía si uno ha sobrevivido con monedas la mayor parte de su existencia. Los hacendados tenían rocas del cielo, y las familias como las

de Héctor vivían de su venta.

De madrugada, Héctor se internó en los terrenos del intendente. Atravesó el tupido cañaveral que daba hacia la calle. Llegó hasta el escampado que separaba al cañaveral del sitio donde había caído uno de los fragmentos más grandes de meteorito. Por su tamaño, lo desenterraban de a poco. Era una especie de mina, protegida por cuatro guardias en una zona bastante iluminada. Esperó unas horas para estudiar la rutina de los guardias. La cosecha del meteorito y las lágrimas del cielo se hacía de esa mina en aquel momento. Solo debía llenarse de valor para entrar y tomar una pieza que pudiera ser tallada.

A las tres y minutos, cuando el sueño venció a uno de los guardias y los otros rondaban los extremos de la propiedad, Héctor se descalzó los zapatos y corrió hasta la mina, tomó unas rocas del yacimiento y varias piezas de lágrimas del cielo. Sin hacer ruido, las colocó en una vieja mochila que llevaba a cuestas y emprendió la huida. Con lo que había obtenido era suficiente para empezar un pequeño negocio. Con las ganancias compraría legalmente más fragmentos del meteorito, y si tenía suerte nadie preguntaría cómo se había independizado.

Pero al trascurrir el tiempo, la curiosidad del pueblo cumplió los trámites de rigor.

Unos vecinos indagaron sobre los orígenes del negocio. Un tipo avaro como Ignacio, ¿benevolente con su hijo? Bueno, si no era por él, ¿por quién más? La familia es lo más importante, siempre se asegura su bienestar, para eso es muy útil el dinero. Ignacio respaldó la versión de un préstamo dado a Héctor. Fue una jugada redonda, había conseguido las piedras para el collar y empezó su propio negocio sin que se sospechara del origen de los materiales.

El presente encantó a Elena y se casaron unos meses después. La ganancia fue suficiente para blanquear el estado del Portal de Rocas, el negocio de Héctor, que luego de casarse atendía junto a su esposa. De esa unión nació Felipe, único hijo de la pareja. Creció entre piedras y altares, viendo cómo Héctor trabajaba las lágrimas del cielo todos los días.

Para su cumpleaños número diez, Héctor le había hecho un medallón relicario al que agregaron fotos de la familia. El medallón tenía incrustaciones de piedras azules y verdes, relieves y un pulido muy fino. Felipe lo atesoraba con fervor, solo lo usaba en ocasiones especiales, como los domingos de mañana, cuando con sus padres iban a misa y vestían de gala.

Varios años pasaron de la corrida en el escampado. El tiempo que trabajó con Ignacio, enseñó a Héctor cómo era y cómo debería ser

el negocio de la orfebrería. Para proteger sus intereses y el de los demás artesanos, Héctor creó un gremio con los que se dedicaban a la venta de rocas y lágrimas del cielo. En muchas ocasiones la especulación había hecho fluctuar el precio de los minerales, incluso hubo veces en las que quedaron desabastecidos, debido a problemas con el precio establecido por los dueños de las minas.

El mineral no iba a ser eterno. Los yacimientos de lágrimas del cielo escaseaban. Cada vez se debía cavar más para encontrar las piedras. Según las prospecciones del Viceministerio de Minas, quedaban otros diez años, pero todos sabían que a medida que pasara el tiempo, la calidad y la cantidad de rocas y minerales decaerían.

La ciudad había ganado notoriedad desde aquella madrugada del impacto. Fue el centro de las noticias algunos meses. Luego, cada tanto era mencionada por alguno que otro reconocimiento o distinción a nivel local o internacional. Tanto el negocio de las piedras como el turismo generado a partir de ellas, eran una fuente de ingresos importante para los pobladores. Con la escasez del mineral, se avizoraba un panorama negativo en muy poco tiempo.

Un veintisiete de noviembre, día de las patronales de la ciudad, Felipe se encargó de la

ofrenda a la virgen. Un nuevo juego de joyas, hechas con el trabajo de los asociados al gremio del cual Héctor era presidente. Antes de la procesión, desde el frente de la iglesia, Felipe caminó hacia el altar, tenía la vista en la figura venerada de la virgen de la medalla milagrosa. Los fieles se apostaron a cada lado de la entrada y dentro habían llenado las bancas en la nave del edificio.

Felipe era el orgullo de Elena. Le había comprado a su niño un par de guantes para la ocasión y lustró con cuidado el medallón relicario que Felipe exhibiría ese día. El sacerdote celebró la renovación de las joyas, pues con las antiguas se conseguiría buen dinero en las orfebrerías de la ciudad. Lo recaudado se utilizaría en reparaciones de la catequesis.

Los portapasos cargaron el trono de la virgen, bajaron los escalones del presbiterio hasta las primeras bancas en la nave de la iglesia. El sacerdote corrió el velo del rostro de la virgen. Felipe ofrendó las joyas con una genuflexión simple. La gente aplaudió y entonaron pescador de hombres al iniciar la procesión. Elena caminó muy cerca del sacerdote durante el acto, estuvo en silencio toda la marcha. Al retornar a la iglesia, el padre bendijo a Elena y a su familia.

—La iglesia necesita más demostraciones de fe como estas. No son buenos tiempos para

la fe hoy en día, pero ustedes han salido del molde y son ejemplo para los demás feligreses. Los recordaré siempre en mis oraciones.

—Padre, hay algo que quisiera pedirle —dijo Elena—. Bendiga este medallón, es muy importante porque en él estamos todos, es mi familia.

—Cómo no, hija —con una breve oración, el padre bendijo el medallón, y luego agregó—. Mientras tengas este medallón, siempre estarás con tu familia, mi niño.

Inquieto, el intendente de Tevikuary paseaba alrededor de la antesala a la oficina del gobernador. Don Matu, como lo conocían, no había liberado los fondos de la Gobernación para la intendencia. Era un capital importante teniendo en cuenta las próximas elecciones. Las relaciones entre ambos no habían quedado nada bien luego de que el intendente adjudicara la construcción del nuevo hospital de la ciudad a una constructora amiga y no firmara el acuerdo de pavimentación de una vía extra de entrada y salida a la ciudad por el lado norte, como lo había hecho con el lado sur. Los mayores aportantes a la candidatura del gobernador no estaban muy conformes con esta medida y aconsejaron a Matu que no confiara del todo en el intendente en las próximas negociaciones. Charlaron un par de horas sobre las trabas legales respecto a la

liberación de fondos, teniendo cuidado de no delatar sus motivaciones económicas.

Esa charla era decisiva en cuanto al apoyo para la candidatura del intendente. Dos periodos eran suficientes según Matu, se debe dar paso a la alternancia. Pero el intendente era muy popular entre los pobladores. Había que encontrar la manera de volver el apoyo de la ciudadanía en su contra.

Luego del portazo del intendente al terminar la reunión, Matu tomó el teléfono y comunicó a su secretaria que el proyecto de ley de patrimonio mineral sería remitido a la banca del partido en el Congreso, para su estudio.

Durante años existió un debate acerca de la participación del Estado en el negocio de las piedras y los restos de meteorito. La ley establecía que todos los recursos minerales en estado natural pertenecen al dominio del Estado con excepción de las sustancias pétreas, terrosas y calcáreas. Los restos del meteorito eran considerados como sustancias pétreas y las lágrimas del cielo un derivado de éstas. Con el nuevo proyecto se buscaba ampliar el alcance de la denominación minerales: desde naturales hasta orígenes no terrestres. De esta manera se protegería un recurso muy importante para el país, teniendo en cuenta las prospecciones del Viceministerio de Minas. Era necesaria la participación del Estado en este

negocio, lo que implicaría la correspondiente estatización de los materiales meteoríticos, es decir, un embargo masivo de los mismos. Toda venta en la que el Estado no participase sería declarada ilegal. Se indemnizaría a las familias luego de la tasación hecha por un experto del departamento de mineralogía del Viceministerio, pero había cierta incertidumbre sobre el tiempo que llevaría efectivizar esa indemnización. Sin dudas, la popularidad del intendente se vería muy deteriorada al no haber conseguido los fondos de la Gobernación ni el rechazo en la Junta Departamental del proyecto que sería presentado en el Congreso.

Una mañana, cuatro meses después de haberse presentado el proyecto de patrimonio mineral, los interventores del Viceministerio realizaron los embargos necesarios para poner en práctica la nueva ley. Con las medidas tomadas por el Estado, el precio de las rocas y las lágrimas del cielo se dispararon en los mercados, especialmente en el mercado negro. Prácticamente se quintuplicó el valor final de cada trabajo de origen meteorítico, pero las ventas también bajaron a causa del precio al que se ofertaban los mismos.

Expropiación completa o participación minoritaria en el nuevo negocio del Estado eran las únicas opciones. Los comercios que alguna vez afloraron en la ciudad cerraron sus puertas.

Felipe, a punto de terminar la primaria, dejó las tareas de la escuela y ayudó a su padre a vender la mayor cantidad de objetos antes de que la ley se aplicara. Eran jornadas largas en las plazas alrededor de la intendencia o la iglesia. Héctor aún no había decidido qué hacer luego de vender todo lo que tenía en el Portal de Rocas. Además tenía cuestiones legales que resolver antes de desligarse por completo del gremio que creó. La mayoría de los artesanos agremiados habían regalado prácticamente sus mercaderías y migrado a otras ciudades.

—Papá, ¿hasta cuándo vamos a estar acá? ¿No podemos simplemente juntar todas las cosas y guardarlas en casa?

—No. Hasta vender la mayoría de las cosas que tenemos vamos a quedarnos acá. La familia es lo más importante, asegurar su bienestar es lo que hace a un hombre lo que es, y ese bienestar se consigue con dinero, Felipe. Hace tiempo, me aventuré en el campo para empezar este negocio. Las cosas son diferentes ahora, debemos prepararnos para lo que se viene. Tenés que empezar a ser hombre vos también.

Felipe acompañó a su padre sin decir mucho el resto de esa jornada. Debía empezar a ser un hombre. Buscó alguna manera de intentarlo, pero no se le ocurría nada que no implicara negociar con las rocas y las lágri-

mas del cielo. El trabajo en las industrias de la zona le era desconocido. Solo había visto a su padre trabajar en el taller desde muy temprano.

—Para ser hombre, debo madrugar.

Al día siguiente, el despertador sonó a las cuatro. Felipe se levantó de la cama y buscó un poco de leche. Esa sería su primera acción como hombre. Luego pensaría cómo ayudar a su familia.

El fragmento de meteorito que cayó en tierra ya tenía dueños del Estado o particulares. Era la fuente más accesible de la que disponían. Pero al segundo fragmento nadie le prestaba atención a causa del lugar donde había caído. La extracción era difícil y hasta ese momento no se justificaba invertir en ello. Pero el fragmento debía ser igual al que cayó en tierra o incluso, debido a la acción del agua, podría haberse transformado en otros minerales, nadie lo sabía.

Felipe consideró entonces que un hombre tenía que averiguar la verdad del meteorito enterrado en el lecho del río. Sabía que las piezas de roca costaban más desde que el gobierno promulgó la ley de patrimonio mineral. Sería de mucha ayuda que pudiera recuperar al menos unos pocos fragmentos para la venta. Su padre se alegraría mucho al saber que lo había conseguido, que se había convertido en hombre.

Montó la bicicleta que le regalaron el vera-

no pasado y rodeó el bosque detrás de la ciclovia al costado de la ciudad y se dirigió hacia el camino que lleva al río. Salió de la casa sin hacer ruido. Quería averiguar cómo era el meteorito hundido en el agua lo más rápido posible. Llevó consigo un pico mediano, unas bolsas de tela impermeable y los lentes que usaba en las clases de natación en Villarrica.

Llegó a la playa cerca del puente que cruzaba el tren en otras épocas. Hizo un calentamiento breve, se desvistió hasta quedarse con unos pantalones cortos. Con una bolsa y el pico en una mano, tomó el medallón relicario con la otra mano y lo besó pensando en su madre. El meteorito había caído aguas abajo del antiguo puente del tren. La idea era llegar a mitad del río y luego dejarse llevar por la corriente hasta donde se encontraba el meteorito. Llegar a él, picar la superficie y retirar lo más que se pudiera de roca, ser arrastrado por la corriente mientras nadaba de regreso a la orilla. Llegaría hasta la playa anterior a la municipal y retornaría al punto de salida. Repetiría la secuencia hasta obtener suficiente material.

Se tiró al agua. Sintió frío al comienzo pero pronto se acostumbró a la temperatura del agua. La corriente era caudalosa, aunque sin mucha turbulencia. Llegar al meteorito era cuestión de segundos. Se sumergió luego

de una honda bocanada de aire. ¡Lo pudo ver! Era un caparazón sobresaliente en el lecho del río, como el de una tortuga gigante. El corazón le latía aceleradamente. Se había llenado de alegría al ver semejante tesoro. Preparó el pico y nadó hacia la roca. Extendió el brazo pero antes de poder clavarlo en el meteorito una fuerte corriente le zarandeó todo el cuerpo, levantó sus pies, en unos segundos perdió la orientación sin comprender lo que sucedía. Todo daba vueltas mientras trataba de recuperarse de la sacudida. Estaba a punto de lograrlo cuando sintió un ardor en el pecho y los pulmones, y más dolor en la espalda. Se quedaba sin aire y no conseguía vencer la fuerza de la corriente para salir a la superficie. La caída del meteorito había modificado el lecho del río, creando varios pozos de agua alrededor de la zona de impacto.

Elena descubrió que al portón de la casa le faltaba el candado. Verificó que no hubiera nadie en el patio. Luego fue a la cocina y vio un vaso con restos de leche. Buscó en el comedor, la sala y finalmente subió a la habitación de Felipe. La cama estaba desordenada. Pensó que fue a ayudar a Héctor, pero él tampoco sabía del hijo. Preguntaron a los vecinos y nadie lo había visto.

Unos pescadores divisaron un pequeño bulto poco antes de llegar a la playa. Decidie-

ron acercarse para ver de qué se trataba. Lo movieron con el remo y comprobaron que era el cuerpo de un niño. Llevaba un collar enredado en el cuello y enganchado entre unas ramas de sauce cerca de la orilla. Lo sacaron del río y lo reconocieron por el nombre inscripto en el medallón.

La voz se corrió rápidamente. Los padres de Felipe no tardaron en llegar al lugar. Fue un golpe devastador. El dolor que sintieron era comparable solo con el tamaño de la incertidumbre del porqué el niño había hecho semejante locura.

Al funeral asistieron casi todas las personas del pueblo. Era una tragedia sin explicación. Para algunos, la depresión a causa de la situación que atravesaba su familia era el motivo del suicidio de Felipe. Para otros, por el lugar donde fue hallado, la ambición de poseer los minerales lo llevó a la desgracia. Tal vez el mismo Héctor le había obligado a meterse al río. Los padres hablaron poco o nada con los vecinos, se limitaron en algunos casos solo a recibir las condolencias.

La tristeza de Elena crecía día a día. A Héctor y a ella también le extrañaban los motivos de Felipe. Era algo totalmente ilógico.

Una tarde, tiempo después de la muerte del hijo, Elena recordó que a Felipe le gustaba observar, desde el comedor, el taller donde

Héctor trabajaba las piedras. Se paró junto a la puerta del comedor. Todavía se podían ver algunos trabajos, que a causa de la nueva ley estaban inconclusas. Tomó una entre las que estaban por ser terminadas. Se le ocurrió que las leyendas pudieran ser ciertas, que las lágrimas del cielo le permitirían tener sueños lúcidos con su hijo. Guardó una lágrima en el bolsillo de la chaqueta. Antes de dormir, se la colocó en la frente y rezó por que las historias que contaba la gente fueran ciertas.

Estaba en el patio trasero de la casa, arreglando el jardín que había construido cuando se mudaron a vivir juntos, recién casados. Escuchó unos pasos de alguien que se acercaba desde atrás, que le decía mamá. Elena se volvió y se emocionó hasta las lágrimas al ver a Felipe.

—Mamá, te extraño. Llévame a casa. Mañana tengo un partido importante en la escuela. Me quedé en el río, mamá. Te extraño. Tómame mi medallón, ¿te acordás? Mientras lo tenga, siempre estaré con ustedes.

—¿Por qué lo hiciste, Felipe? ¿Por qué? No sabés lo mucho que estamos sufriendo sin vos. ¿Por qué te fuiste al río?

—Me quedé en el río, mamá. El medallón me dejó con ustedes. Agarrá. Llévame a casa. Llené la bolsa con piedras para papá. Dale el pico a la virgen. Sacame las piedras de mis ojos.

Sin fuerzas, Elena perdió la conciencia en

el sueño. Despertó sobresaltada, llorando, angustiada. Héctor, apenas estuvo incorporado en la cama, trató de calmarla. La abrazó largo rato, hasta que ella cayó desvanecida.

Elena visitó a una vieja amiga, conocedora de algunas cuestiones más allá del entendimiento humano. Quería entender el sueño que había tenido. Le narró las cosas que vio y escuchó en el sueño. La amiga escuchó atentamente, como si supiera la causa que originaba esos hechos.

—Felipe quedó atrapado entre este mundo y el mundo de los espíritus. Todavía tiene algo que dar o completar, solo él lo sabe. Podemos ayudarlo. Tenemos que ir a la playa donde lo encontraron.

Llevaron velas y paños limpios para cambiar los viejos que colocaron en el nicho que habían levantado en el lugar donde fue encontrado el cuerpo de Felipe. Retiraron algunas basuras de la playa y cambiaron el paño viejo del nicho. El viento estaba calmo, la tarde soleada, no había personas en los alrededores. Mientras el sol se ponía, prendieron dos velas y en silencio Elena rezó una oración. No había viento, sin embargo, las velas se consumían rápidamente. Eso sorprendió a Elena, y dejó de rezar.

—Tranquila, seguí rezando. Que las velas se consuman rápidamente significa que tu pe-

dido está siendo bien recibido. Pronto Felipe descansará en paz.

—Quiero verlo para despedirme... No pude en sueños. Solo quiero decirle adiós.

Elena rezó frente al nicho dándole la espalda al río. En un momento, la amiga de Elena, de frente al río, levantó la vista y observó una cabeza saliendo lentamente del agua: se vieron los ojos, luego el resto de la cara, los hombros, los brazos, la cintura. A medida que la figura salía del agua se acercaba a la orilla. Extendió el brazo, con un medallón en la mano. La amiga de Elena quedó sin aire. Apenas consiguió emitir algunos ruidos y gestos que llamaron la atención de Elena. La madre interrumpió la oración y volteó para ver lo que estaba pasando. No podía creer que su hijo se apareciera una vez más frente a ella. Pero su apariencia estaba muy deteriorada. Ambas quedaron paralizadas del miedo. Cuando la figura se aproximó a la playa, Elena y su amiga volvieron en sí mismas y salieron de prisa del lugar donde estaban rezando.

Con los años, Héctor compró tierras a la salida del pueblo y se dedicó a cuidar su granja. De vez en cuando, se lo ve junto a Elena yendo a misa. Visitan a algunos amigos y depositan flores en el nicho de la playa.

Sebastian Ocampos

Minirrelatos

Culpa

Comprame, dice el niño mirando las galletitas a granel. El padre, con una bolsa de panes en la mano, dice que no: No es bueno comer galletitas. El hijo insiste, en vano. Luego empuja la caja grande con rueditas que contiene las galletitas hacia su padre, quien lo mira y le repite que deje eso de inmediato y lo golpea con la mano abierta en la cabeza. El niño llora y las miradas de la sección de panadería del supermercado se posan sobre él. Vamos ya, ordena el padre y lo toma del brazo. Y dejó de llorar. ¡Pero si tu culpa es!, grita el hijo entre sollozos. No, tu culpa es, se defiende el padre estrechándole la mano. No, tu culpa es, con ojitos aguados. No, tu culpa es, esquivando las miradas. No, tu culpa es, siendo casi arrastrado. No, tu culpa es, apresurando el paso. No, tu culpa es, perdiéndose de vista. No, tu culpa es...

El fin del mundo

La reunión terminó y salí en silencio. Tomé la bicicleta y me dispuse a ir a casa, mientras las amigas y los amigos también salían a la vereda. Ella me preguntó adónde pensaba ir y antes de darme tiempo para responderle dijo que la llevara conmigo. Cómo, le pregunté. Y en tu bici, bobo. Su expresión espontánea me sonrojó un poquito y los demás no dudaron en burlarse. Ella supo desde el principio que yo la seguía con la mirada en los encuentros semanales. Se acercó segura a mí y se acomodó como pudo en la bicicleta. ¿Adónde quieres que te lleve?, le pregunté. Llévame al fin del mundo, si quieres, contestó, ante la escucha atenta del resto. Ingenuo, la llevé a casa, sin saber que ese breve viaje era el inicio de lo que, años más tarde, se convertiría en el fin de mi mundo, cuando encontró a alguien más que la llevara adonde ella quisiera.

Onírica fatal

Soñé contigo... y me quedé todo el día con la sensación de haber sido feliz. Sé que en la realidad lo nuestro fue esporádico. Sin embargo, en el sueño fue como si hubiéramos compartido gran parte de nuestras vidas: nos vi juntos en distintas etapas, marcadas por distintos amigos. Uno de ellos se sor-

prendió al vernos. ¿Cuándo volviste con tu ex?, preguntó, y no supe responderle. ¿Ex? Recordé que me buscaste, contrariamente a tu modo de actuar. Viniste en busca de mi tacto e hiciste que el tiempo dejara de tener sentido. Aún te veo, te huelo, te siento abrazada a mí, con tu cabeza recostada en mi pecho. Es la imagen persistente. Pero en el último lapso me llevaste a un lugar que no reconocí y me vi rodeado de hombres con armas de fuego. Solo entonces supe que tu acercamiento y la intimidad eran la mejor forma de encauzarme, como si estuviera hipnotizado, hasta ese instante. Desperté antes del primer disparo, aterrado. ¿Pero sabes qué es lo que más me asusta del sueño? La sensación de que, a pesar del final, estoy dispuesto a vivirlo.

La noche de la cartera secuestrada

Una noche de verano juvenil, mientras acompañaba a una amiga a su departamento, escuchamos a metros de llegar un llanto entrecortado y vimos una silueta sentada en el cordón de la vereda. Era la novia de un amigo. Nos vio y dijo que estaba esperándonos: quería que la ayudáramos a rescatar sus cosas, en especial su cartera, de la casa del novio. ¿Por qué? Discutieron, gritaron, forcejearon, ella quería irse, él quería retenerla,

ella logró zafarse, él le secuestró la cartera, con celular y llaves incluidas. Entramos en el departamento y vi el miedo en su rostro y las manos trémulas. La amiga intentaba calmarla y ambas me pedían que yo fuera a buscar la cartera. No quería acobardarme, pero la verdad es que el miedo se me había contagiado. Si algo había aprendido ese novio en su vida era a golpear, desde su perspectiva para defenderse de los golpes que había recibido de niño y adolescente, en especial de parte de su familia. Mejor llamemos a la policía, propuse. No, dijo la novia: solo quiero recuperar la cartera. Acepté y fui. Con la seriedad en la cara, aunque el miedo me carcomiera por dentro, toqué el timbre, expliqué lo que sucedía al novio, él minimizó la situación entre burlas y risas y pidió que ella fuera a buscarla. No vendrá, dije. Entró en la casa y salió con la cartera y me la entregó. Ese noviazgo protagonizó otro hecho público en poco tiempo, esa vez con la patrullera policial frente a la misma casa. Unos años después, la exnovia me contó que le costó muchísimo, ¡no te imaginás cuánto!, aprender a dejarlo, y tras recordar la noche de la cartera secuestrada preguntó si su ex y yo todavía éramos amigos. No, respondí. ¿Por qué? Porque esa noche sentí una parte, seguramente mínima o ínfima, de lo que sufriste.

Panchos de cadáver

Estoy vestido como un niño. Unos coloretes me buscan y vamos a un cumpleaños infantil en una camioneta militar. Los coloretes bromean con el menú que nos espera: panchos de cadáver, el nuevo producto del patrón, dicen y ríen. ¿Panchos de cadáver?, pregunto, sin entender. ¡Jajaja! El patrón sabe sacar provecho de lo que sea: ahora vio las utilidades en los muertos. Llegamos a la fiesta. Todos los adultos estamos vestidos como niños. El patrón aparece, recoge un pancho de cadáver entre panes y habla directamente de sus bondades: la materia prima es gratuita y cada vez hay más, quiere industrializarlo a gran escala, ya lo está promocionando como Alianza Público Privada y solo espera que una multinacional acepte comercializarlo en el mundo, que su gobierno empresarial está dispuesto a entregarle los muertos que necesite. Todos aplauden. Yo los observo y no sé qué hago ahí. El patrón invita a dar un gran mordisco al pancho de cadáver y él mismo se predispone a llevárselo a la boca: sonrío, sonrío, sonrío y de pronto un colorete le toca el hombro. Una llamada importante lo salva, pero deja a su gerente mano derecha para ver cómo todos degustamos los panchos de cadáver. El gerente da la orden solo con la mirada.

Los coloretos, entre ellos los que me llevaron, se ven obligados a comer. Sus rostros, antes risueños, ahora son de asco contenido. Simulan dar un gran mordisco y se quedan con la boca llena. El gerente, satisfecho, sale de escena. Una señora entra con una bandeja grande de sándwiches de verduras. Los coloretos escupen los panchos de cadáver y se lanzan a la nueva opción. Yo tengo hambre y recojo un sándwich. Un mordisco y siento algo duro. Separo los panes y veo rodajitas de panchos de cadáver. Observo el salón en busca de un baño. Doy unos pasos, mi cuerpo se inclina hacia adelante y vomito. Intento gritar ¡Cartes de mierda! y vomito. Unos coloretos vestidos de seguridad con logo de Tabesa Gobierno Nacional me agarran y golpean y sacan del lugar. Hago el esfuerzo de vomitarles encima pero ya no tengo nada en el estómago. Quiero despertar, grito a mi yo dormido ¡DESPIERTA, CARAJO! y los coloretos de seguridad me miran y entre risas dicen que con mi cuerpo rellenadito van a hacer muchos panchos de cadáver. No entiendo por qué no despierto, por qué no puedo despertar, hasta que veo a otros, a muchísimos en las mismas condiciones, y comprendo que no sufro una pesadilla individual...

El pulmón de la nación

¿Fuego?, escucho, y siento un toque en el hombro. Volteo y reconozco el rostro, manchado de viejo, con un cigarrillo pendiendo de los labios. No, respondo. La voz grave, más carraspeada, repite la pregunta a otros. Nadie fuma en el salón. ¡A la gran puta: estamos en una época de maricones no fumadores! Vos, por ejemplo, ¿no fumás porque sos mariposón también? Se dirige a mí. No, porque no tengo vicios menores. JA JA JA, conque irónico el joven. La ironía es de Giulio Andreotti: son sus palabras. AH, Andreoootti, Andreotti, el gran italiano. Una mujer le indica el cartel de prohibido fumar, ley 825/96. Él voltea, lo lee y ríe: ¡Esa sí que es una ley menor! ¿Tenemos leyes mayores y leyes menores? Toda ley está para interpretarla. Lo observo y no entiendo cómo puede hablar, vociferar, sin que se le caiga el cigarrillo de la boca. Continúa: El fumador de por sí hace una estupidez; yo hago doble estupidez: prendo el cigarrillo, lo tengo en la boca y saco el humo; doblemente estúpido. De acuerdo a Fidel Castro, es más bien una muestra de debilidad. ¡Ese barbudo era un fumador! Sí, y dejó de serlo, según él, como un último sacrificio por la salud pública, ejemplo que siguió Chávez. ¡A la gran puta!, ¿no fumador y zurdo pio?

Ambidiestro, en realidad. AH, mejor, mejor. Obama también dejó de fumar como un acto de salud pública. ¡A la mierda!, entre todos los que están acá, ¿justo se me ocurrió hablarle al pendejo que me quiere convertir? No, por favor, solo era para marcar las diferencias entre los líderes políticos y usted, que de ser posible debería fumar más. Se le cambia la cara, por fin retira el cigarrillo de la boca y se acomoda el saco: Pero ellos fueron la cabeza de sus países; yo soy... soy... ¿El pulmón? JA JA JA, esperemos que no. Entonces, si usted fuera la cabeza, ¿se vería obligado a dejar ese vicio menor? No, no... mirá: si yo no tengo 4 o 5 cajetillas en la camioneta, y otras 4 o 5 en la oficina, y otras 4 o 5 cajetillas en casa, ya entro en crisis. ¿Y si el congreso está en crisis? Sencillo: voy con una gruesa, ¡preparado para unas 72 horas! ¿Listo para provocarle humo a la nación? Como *boy scout*: ¡siempre listo!

Trabajo artístico

Un amigo escritor contó una anécdota literaria para ilustrar cómo es el trabajo artístico: Benito Pérez Galdós se encuentra en la entrada de su casa, sentado, pensativo, con un cuaderno y un lápiz en las manos. Un vecino lo ve y le pregunta: ¿Descansando, don Benito? Pérez Galdós le responde:

No, trabajando. En otra ocasión, el escritor se encuentra en su jardín, podando y limpiando. El vecino lo mira y le pregunta: ¿Trabajando, don Benito? Pérez Galdós se vuelve y le responde: No, descansando. Esa anécdota me recordó otra de Michelangelo, que John Locke, de *Lost*, narra mejor que nadie: «Ludovico Buonarroti, el padre de Michelangelo, era un hombre rico que no entendía la genialidad de su hijo y le pegaba. Ningún hijo suyo se ganaría la vida con las manos, así que Michelangelo aprendió a no usarlas. Años después un príncipe visitó su estudio y encontró al maestro observando un bloque de mármol de cinco metros y medio. Entonces supo que los rumores eran ciertos: Michelangelo iba allí desde hacía cuatro meses, miraba el mármol durante horas y regresaba a su casa. El príncipe le hizo la pregunta obvia: “¿Qué está haciendo?” Y Michelangelo se volvió, lo miró y susurró: “Sto laborando”. Tres años después, ese bloque de mármol se convirtió en el David.» Gracias a ellos y a muchos otros, cada vez que me preguntan qué estoy haciendo cuando al parecer no hago nada, respondo...

Estilo

Muchos años atrás, un buen amigo propuso a su hijo que conversara más conmigo sobre literatura para que aprendiera a escribir. El hijo, adolescente en busca de personas que lo orientasen para ver hacia dónde hacerse camino, vino a casa unas veces. Hablamos de cuentos y novelas, sobre todo de historias de (des)amor, tema primordial en la edad del muchacho. Guardamos en su pen drive muchos cuentos (ahora recuerdo que llevó unos de Moravia y Lebron y otros de mi autoría). Días después regresó con un cuento escrito por él. Lo leí... sonriendo al reconocer que se apropió de un poco de cada uno de los textos compartidos. Durante la corrección, le dije: Puedes tomar todo lo que te gusta de otros autores, con tal de que no se note: de eso se trata el trabajo del escritor; así se forma el estilo. Ah..., dijo reflexivo, y no tardó en lanzarme una pregunta que solo pude responder con una sonrisa: ¿Y tu estilo la copia de cuántos escritores es?

Autores

Pamela Cardozo Domínguez

Villarrica, 2000. Estudiante del Centro Educativo Integral Carlos Rubén Cáceres Buscio. Aficionada a los deportes y la lectura.

Fernando Chávez Giménez

Villarrica, 2000. Estudiante del Centro Educativo Integral Carlos Rubén Cáceres Buscio. Adorador de las décadas pasadas, amante de las disciplinas artísticas y aficionado temporal de otras cosas.

Pamela González Bóveda

Villarrica, 2000. Estudiante del Centro Educativo Integral Carlos Rubén Cáceres Buscio. Aficionada a los deportes, la lectura y la escritura.

Angélica González Irala

Villarrica, 1998. Estudiante de la Universidad Nacional de Asunción, Filial Villarrica. Aficionada de los números y la literatura.

Cecilia Elizaur

Villarrica, 1998. Estudiante de la carrera de Derecho de la Universidad del Norte, filial Villarrica. Aficionada a las actividades físicas y fascinada con la lectura y el cine

Ricardo Portillo

Villarrica, 2002. Guitarrista clásico, ajedrecista de club e informático básico. Fiel seguidor y practicante de las facultades intelectuales del hombre. Futuro astrofísico.

Arianne Ramírez Silvero

Villarrica, 2000. Estudiante del Colegio Salesiano Don Bosco. Aficionada de los deportes.

Arhiane Rivas Sandoval

Villarrica, 2001. Estudiante del Centro Regional de Educación Natalicio Talavera. Aficionada a la literatura, el cine, la historia y la música.

Armando Villalba Delgado

Villarrica, 2001. Estudiante del Centro Regional Carlos Rubén Cáceres Buscio. Fanático de los videojuegos y los datos curiosos.

Renato Casartelli

Asunción, 1995. Estudiante de la carrera de Medicina en la Universidad Católica de Villarrica. Lector de todos los libros que caen en sus manos. Y autor ocasional de poemas y relatos.

Lui Cerfoglio

Villarrica, 1989. Analista de Sistemas. Baterista de la banda de hard rock 380 Volts.

Carmen Gamarra Alarcón

Tevikuary, 1992. Potencial (en desarrollo de tesis) licenciada en Administración de Empresa. Aficionada a la lectura y las manualidades.

Carlos Morel

Tevikuary, 1986. Ingeniero Químico. Aficionado a la literatura y a la divulgación científica.

Sebastian Ocampos

Asunción, 1984. Escritor y editor. Autor del libro *Espontaneidad*, que contiene cuentos premiados, traducidos y publicados en antologías nacionales e internacionales. Director de la RevistaY.com y el Taller de Escritura Semiomnisciente. Jurado de concursos literarios locales y regionales. Expositor invitado de universidades, foros y ferias del libro de Paraguay, Argentina, Colombia y Rep. Dominicana. Seleccionado como uno de los veintitrés escritores jóvenes de América para el ProyectoArraigo.com.

**Compuesto con la familia tipográfica
Crimson de Sebastian Kosch.**

Esta edición de cuatrocientos ejemplares
se terminó de imprimir en noviembre
de 2017 en los talleres gráficos
de AGR, de Asunción, Paraguay.

«*Surgente, relatos guaireños* es el resultado de dos talleres de escritura (uno para adolescentes entre 13 y 18 años; otro para mayores de 18 años), de los que tuve la suerte de ser parte gracias al ejemplar interés y la importante inversión de Coopeduc. Es a la vez un homenaje a Manuel Ortiz Guerrero, pues tenemos la convicción de que estos jóvenes autores son parte de la surgente que huye de la ignorancia paralizante para fluir con la fuerza del conocimiento y la imaginación hacia un futuro mejor, solidario y justo, del Paraguay.»

SEBASTIAN OCAMPOS



Editorial 

COOPEDUC 
Uda.